

MISCELANEA

*DISCURSO DE INGRESO COMO AMIGO DE
DON MIGUEL PELAY OROZCO:
«EL PAIS Y SUS PROBLEMAS»*

Señor Director, señoras y señores, Amigos todos:

Para alguien que, como yo, profesa de antiguo la devoción por los Caballeritos de Azcoitia; para un escritor que ha hablado siempre con entusiasmo de ellos; para quien se ha ocupado elogiosa y reiteradamente en sus libros de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País y de sus trascendentales iniciativas y logros, el momento de ser acogido en el seno de la histórica entidad —aunque ese momento le llegue, como me llega a mí, en el umbral de la vejez, es decir, cuando está ya uno inmunizado contra el hechizo de los halagos honoríficos—, por fuerza ha de producirle cierta emoción y cierta complacencia. Un tanto emocionado y complacido, pues, quiero señalar a ustedes que el nombramiento de socio supernumerario significa también para mí un estímulo.

Podría parecer, tal vez, que el estímulo de un escritor veterano, de un hombre que ha dejado tras de sí una veintena de libros y del que cabría decir que ha realizado ya lo más importante de su obra —suponiendo que haya en ella algo que valga la pena— ha de resultar más bien retórico y pasivo. Se ha traspuesto la barrera de los sesenta años; ha sido uno testigo de muchos acontecimientos, venturosos e ingratos; ha visto mundo; ha disfrutado y ha padecido; ha alimentado las más hermosas ilusiones y experimentado no pocas decepciones; ha escrito mucho, quizá demasiado; ha visto resentirse su propia confianza, su entusiasmo, su energía. Y, sin embargo...

Uno piensa que estos estímulos crepusculares pueden tener también su eficacia. Y ello porque, a tales alturas, el escritor ha adquirido ya plena conciencia de su situación: de su temporalidad, de su fugaz provisionalidad. Entrevé ya el ocaso de su virtualidad creativa, literaria e ideológica. El escritor, de cara al invierno de su carrera —y su carrera representa su vida toda— tiene ya prisa. No puede esperar. Si le queda algo por decir, ha de aprovechar cualquier oportunidad que se le presente. Y a decir verdad, esta

de hallarse hoy ante ustedes, ante los bien llamados amigos del país, es demasiado importante para dejarla pasar.

Esta es la razón que me mueve esta noche a convertir mi discurso de ingreso, preceptivamente llamado a tener un cariz amable y ceremonioso, en una especie de toque de atención, en un análisis formal, en una exposición sincera y acaso un tanto acre, de apreciaciones y de sugerencias personales, impelido por la grave situación que confronta actualmente nuestro País Vasco, especialmente en el campo de la cultura.

Los Amigos del País.

Aunque a lo largo de mi disertación habré de referirme repetidas veces a los Caballeritos y a su decantada —a nuestra decantada— Sociedad, me importa advertir a ustedes que tales menciones no obedecerán a móviles estrictamente protocolares. Sucede que la obra iniciada hace dos siglos por el conde de Peñaforida y sus colaboradores constituye el hito cultural más importante que ha conocido el pueblo vasco a lo largo de su historia. Insistiendo, pues, en varios aspectos de nuestra problemática actual que se han convertido para mí en auténticas obsesiones y a los que últimamente he venido dedicando especial atención en alguno de mis libros así como en varias conferencias, a lo largo de ésta que inicio ahora ante ustedes resultará inevitable conectar asimismo con nuestros egregios predecesores. Al fin y al cabo, en el terreno de la investigación y de la cultura, el país está viviendo todavía de sus rentas, ya que no hemos sabido incrementar en un ápice el patrimonio que nos legara el ejemplar equipo de Peñaforida.

Crecimiento y desarrollo.

Hay mucha gente entre nosotros que al contemplar el extraordinario auge económico, industrial y demográfico que ha experimentado el país o, al menos, determinadas zonas del país, en lo que va de siglo, se sienten plenamente satisfechos. Por otra parte, los datos estadísticos que manejan —índices de productividad, renta per cápita, etc.—, al compulsarlos con los que presentan otras regiones, parecen darles la razón, reafirmando su optimismo.

Huelga decir que yo no comparto ni esta satisfacción ni este optimismo.

No hace mucho tiempo y precisamente desde esta misma tribuna, José Miguel de Azaola nos ponía en guardia contra los triunfalismos al uso y nos advertía que no cayéramos en el error de confundir lo que se está pro-

duciendo en Vasconia, que es mero crecimiento, con lo que debe ser un desarrollo racional, bien concebido y planificado. Azaola explicaba que el crecimiento se produce de una manera anárquica, sin un previo ordenamiento, lo que generalmente acarrea al país que lo sufre grandes desequilibrios y perturbaciones que alcanzan a todos los niveles y estamentos: ya sean urbanos, ecológicos, sociológicos, etc.

Ciertamente, un simple vistazo a lo que viene sucediendo en nuestras tierras corrobora inmediatamente la tesis del estudioso vizcaíno, amigo nuestro por partida doble. Hay comarcas en Vizcaya y en Guipúzcoa superpobladas hasta límites angustiosos, mientras otras grandes zonas de Navarra y de Alava aparecen en franco proceso de desertización.

Concretándonos a nuestra provincia, es evidente que por falta de una política previsora —y yo añadiría que también por una carencia de sensibilidad y de espíritu cívico que escandalizaría a los beneméritos pioneros de la Bascongada— se han cometido auténticos desafueros. Nuestro espléndido patrimonio forestal, aquellos hermosos bosques de robles, de castaños y de hayas que ennoblecían nuestro paisaje, han desaparecido por completo ante la culpable indiferencia del guipuzcoano de nuestros días, en tanto que en las zonas urbanas se alzan en la más caótica confusión, enormes moles de hormigón, que más parecen gigantescas colmenas, que edificios destinados a albergar seres humanos. Mientras tanto, preciosas casas solariegas, llenas de carácter y cargadas de historia, con sus severas fachadas de sillería, sus grandes aleros de madera tallada y sus piedras armeras evocadoras de pasados esplendores, van desapareciendo de todos nuestros pueblos. Por si fuera poco, hemos convertido nuestros límpidos ríos en pestilentes cloacas...

Ya sabemos, sí, que es preciso rendir tributo al progreso. Y que el progreso, en nuestro tiempo y en nuestro país, se identifica indefectiblemente con los altos hornos y con las grandes y humeantes chimeneas industriales. Pero también sabemos que esta misma mística industrialista se ha tenido que dar en los países altamente desarrollados del Norte de Europa, en los que, sin embargo, se ha conseguido armonizar el más elevado grado de industrialización con ciertos factores culturales, ecológicos y urbanísticos preexistentes, y donde a una persona le resulta todavía posible viajar, en tren o en automóvil, durante horas y hasta jornadas enteras, sin advertir la presencia de una sola fábrica ni de una sola chimenea, y deleitándose con la contemplación de bosques frondosos, de cristalinos arroyos y de bucólicas praderas.

Cuando yo veo, a la entrada de uno de los abundantes pinares que han substituido a nuestros antiguos bosques, alguno de esos rótulos que ponen

nuestros organismos oficiales, en los que se dice en letras grandes: «Replacación forestal», me siento indignado y entristecido. Y también defraudado. Porque eso, en Guipúzcoa o en Vizcaya, no es replacación forestal. Porque en Guipúzcoa o en Vizcaya, queridos amigos, queridos epigonos de Peñaflovida, la plantación de pinos está bien para particulares o para contratistas, que necesitan un tipo de árbol rentable, de rápido desarrollo. Pero nunca para las corporaciones públicas, Diputaciones o Ayuntamientos, que más que en un lucro inmediato deben pensar en el hombre guipuzcoano, en el hombre vizcaino, en el hombre vasco de mañana. Repoblar, desde el ángulo de la propia semántica, quiere decir volver a poblar. Y es claro que no se puede volver a poblar aquello que antes no existía. El pino, al menos ese pino que ha invadido y degradado estas últimas décadas nuestra geografía; ese pino oscuro, gregario, industrial, que parece impaciente por dejarse abatir, no es nuestro. Es un árbol sometido y advenedizo, que semeja experimentar un placer masoquista al sentir en sus entrañas el golpe seco del hacha o el nervioso rechinar de la sierra eléctrica. Un árbol que se entrega, sin lucha, a la voracidad de las llamas, como si apeteciera la muerte. Y yo, que no soy ni he sido nunca xenófobo en lo que concierne a los hombres, lo soy cada vez más en materia de árboles. Y para recapitular mi opinión, señalaré que aquí, en nuestro país, repoblar no puede ser otra cosa que volver a nuestro primitivo paisaje. Es decir, plantar nuevamente robles, hayas, fresnos, abedules, castaños. Es decir, restituir a nuestros campos y a nuestros montes su fisonomía original. Es decir, restaurar nuestra ecología autóctona, envilecida por la codicia, la imprevisión y la estupidez...

Bien; y, ¿qué decir de nuestros núcleos urbanos, grandes y pequeños? No tiene duda que la misma codicia, la misma imprevisión y la misma estupidez están presidiendo su crecimiento. Los accesos a alguna de nuestras grandes urbes actuales, con la presencia de esos gigantescos falansterios erectos en deprimentes alijares, y en los que se hacinan por millares sus moradores, son realmente estremecedores. Especialmente para los que pensamos que el hombre se corresponde de alguna manera con su entorno; para los que pensamos que el habitante de un *ghetto* sórdido y sucio forzosamente ha de presentar una catadura moral y física distinta a la del tipo que se ha criado en el campo, en la aldea, o en una ciudad pulcra y ordenada.

Aunque quiero ocuparme más adelante del tema de la ciudad vasca, anticiparé aquí esta opinión personal que tiene mucho de ominosa advertencia: Si seguimos construyendo en nuestras poblaciones barriadas sombrías, destartaladas y desapacibles, puede que contribuyamos también a producir con el tiempo hombres inadaptados y hostiles, cuyo comportamiento esquinado e incómodo imposibilitará toda convivencia civilizada. Tengan uste-

des presente que los habitantes de los *ghettos* han constituido siempre un auténtico quebradero de cabeza para aquellas ciudades que los crearon o que, cuando menos, los consintieron.

Peñaflorida y la Sociedad Bascongada.

Yo, que he manifestado siempre una profunda admiración por don Javier María de Munibe, en estos momentos en los que la situación de nuestro pueblo se me antoja oscura e inquietante, veo aumentar de día en día mi fervor por el prócer azcoitiano.

Una de mis grandes preocupaciones actuales en relación con el país —después les hablaré de otras— dimana de la dispersión continua y creciente que se viene produciendo entre las provincias que lo constituyen. Que ya no son, o no deben ser, tres, sino alguna o algunas más, cuyas manos simbólicas desearía ver enlazadas algún día con las que hoy aparecen en el viejo escudo de nuestra gloriosa entidad. Pues bien: cada una de estas provincias nuestras parece empeñada en forjar su propio destino de espaldas a las demás. Han renunciado a todo impulso de acción común y sus caminos son, no solamente distintos, sino muy a menudo, opuestos. Y lo peor del caso es que por ningún lado apunta el menor signo de unificación, de voluntad cohesiva, de conciencia integrante. Al contrario: todos los días nos vamos separando un poco más.

Esto, para mí, resulta triste y desalentador. Alguno me argüirá, tal vez, que las Provincias Vascongadas han tenido históricamente una personalidad administrativa y política muy acusada en el marco regional y que han gozado entre sí de una gran autonomía. Es una revelación que ni me tranquiliza ni me dice nada que no supiera de antemano.

La cuestión es otra. Y dejando de lado el aspecto histórico, en el que siempre caben criterios y deducciones divergentes, estimo que ha llegado la hora de afrontar resueltamente el volitivo. ¿Deseamos o no deseamos un estrechamiento de lazos interprovincial que nos convierta en una entidad regional sólidamente constituida? ¿Es o no conveniente hoy, de cara al año 2.000, un bloque formado por la totalidad de nuestras provincias? O, ¿será preferible continuar escindidos, como hasta ahora?

Azaola, en su libro *La regionalización de España*, primero de una trilogía que está dedicando al tema, expone sin ambages su opinión. «En el caso concreto del país vasco —dice—, empeñarse en no salir del horizonte provincial, es condenarse a no resolver los problemas».

Yo iría más lejos y afirmarí que es condenarse a crearlos.

En estos momentos en que la mayoría de los países europeos, algunos de gran tradición centralista, se inclinan decididamente hacia los regionalismos, el encastillarse en un sistema rigurosamente provincialista parece desfasado y anacrónico. Sería como lanzarnos a competencias intestinas y absurdas que, con el tiempo, nos llevarían, por ejemplo, a intentar construir diversos aeropuertos internacionales, donde basta y sobra con uno. O a crear una serie de infraestructuras disgregativas y cantonalistas, en lugar de planificar inteligentemente una que beneficiase a todas las provincias integrantes de la mancomunidad regional.

Hay que señalar, por otra parte, que la superficie territorial de nuestra región vasca o vasconavarra se acerca a la que los expertos europeos en materia de desarrollo consideran, sino óptima, al menos muy aceptable.

Pero, veo que estoy invadiendo predios técnicos, históricos y hasta geopolíticos, que me son del todo ajenos. Vuelvo, pues, a tomar el hilo abandonado. El hilo me conduce nuevamente a don Javier María de Munibe.

¿Que por qué? Porque fue un adelantado. Porque ya en 1766 se dolía de que no hubiese un contacto más estrecho entre las tres provincias vascongadas. «De aquí nació el mirarse como naciones diversas —escribía—, y de esta impresión, el que se interesasen muy poco las unas en los negocios de las otras. Esta indiferencia era ciertamente perjudicial a todas tres y desde luego se privaban de las ventajas que la unión y buena correspondencia debía procurarles».

Los propósitos de la Sociedad Bascongada no podían ser más nobles. Se los transcribiré a ustedes, tal como aparecen expresados en los Estatutos de la entidad: «El fin de esta Sociedad es el de cultivar la inclinación y el gusto de la Nación vascongada hacia las ciencias, bellas letras y artes; corregir y pulir sus costumbres; desterrar el ocio, la ignorancia y sus funestas consecuencias y *estrechar más la unión de las tres Provincias Vascongadas*». Este subrayado acústico, que naturalmente es mío, quiere señalarles que ya entonces, es decir, hace más de dos siglos, existía en los fundadores de nuestra Sociedad, la preocupación por nuestra disgregación regional. Hasta el punto de que, tanto el escudo, con las tres manos correspondientes a las tres provincias, amistosamente enlazadas, como el lema euskérico que lo preside: «Irurak-bat», esto es, «las tres una», simbolizan inequívocamente el anhelo unificador de aquellos prohombres nuestros.

El camino, pues, que me he trazado, me parece que lleva el refrendo

histórico de aquellos hombres que fueron tildados despectivamente de caballeritos, y cuya ejecutoria convirtió el diminutivo difamatorio en un adjetivo positivo y engrandecedor.

Complejidades y extremismos.

Pero, abandonemos el metafórico túnel del tiempo y volvamos a nuestros días.

Es evidente que existe una desproporción que yo llamaría —mejor dicho: que he llamado ya, de palabra y por escrito— escandalosa, entre las elevadas cotas alcanzadas por nuestro pueblo en el campo de la economía y de la industria, y los tímidos progresos registrados en el de la cultura.

Pienso que en este desequilibrio, como en otras cosas, nuestra tendencia a la dispersión y a la adopción de actitudes extremas, nos viene perjudicando de antiguo.

Para centrar nuestro enfoque, veamos primeramente qué tendencias apuntan hoy entre nosotros.

Tenemos, por un lado, un sector constituido por hombres pragmáticos, activos y enérgicos, que pesan mucho en el país por ser los auténticos forjadores de nuestros espectaculares progresos industriales y siderúrgicos. Salvo nobles excepciones, estos campeones de las finanzas contemplan al artista y al intelectual que no gana dinero, como si fuera un chiflado del que no vale la pena ocuparse para nada. Nuestro clan industrial, que por su dinamismo y su poderío sería el que podría propulsar con auténtica eficacia la acción cultural, no parece interesado en el empeño. No se ve que sus componentes manifiesten mayor afición ni por la literatura, ni por la música, ni por la pintura, ni por nada que pueda relacionarse con las «bellas letras y artes» cuyo cultivo propugnaban los Caballeritos. Por si fuera poco, tampoco parece afectarles gran cosa el porvenir del euskera. En resumen, que hasta ahora al menos, no ha podido contarse demasiado con ellos.

Viene después otro sector, cuya importancia numérica afortunadamente va decreciendo en el país, que considera que todo lo que se intente en el campo de la cultura debe ser hecho exclusivamente en castellano. Para sus componentes, el vascuence sólo tiene aplicaciones domésticas o rurales, y el tratar de vigorizarlo no serviría más que para crear problemas de convivencia, dado el elevado número de personas foráneas radicadas en nuestras provincias. Este podría ser un punto de vista. Pero me atrevo a

afirmar que el tal sector experimenta en el fondo una extraña aversión por nuestra entrañable lengua, y personalmente correspondo a tal actitud con mi desdén y con mi antipatía.

Están luego sus antípodas. Los que niegan que se contenga nada que pueda reflejar un ápice de carácter cultural vasco en todo aquello que no haya sido producido precisamente en euskera. Para ellos, por supuesto, Baroja no es vasco. Pero tampoco lo son Azkue, don Julio Urquijo ni el conde de Peñafiorida.

Sus semanas culturales están saturadas de recitales de cantantes modernos en lengua vasca, lo que me parece bien, porque pienso con ellos que la cultura se hace todos los días y a todos los niveles, y el fenómeno de la nueva canción vasca no deja de ser al respecto un exponente de la época en que nos movemos. Pero también pienso, y me temo que esta vez sin ellos, que la Revista Internacional de Estudios Vascos, el *Quousque tandem* de Oteiza, una conferencia de la madre Arrazola, o de don Manuel Lecuona, o del profesor Barandiarán, son siempre hitos importantes en nuestra cultura vasca, estén o no formulados en euskera.

Quedaría, por fin, otro sector en el que me considero encuadrado de lleno: es el de los que opinamos que nuestro problema cultural es hoy muy complejo, muy delicado, muy difícil, porque afecta a la coexistencia de dos comunidades muy desiguales y distantes y que, sin embargo, no deben chocar, puesto que han de convivir en nuestro viejo solar. Por tanto, es cuestión ésta que hay que tratar con realismo, con sensatez y con altura de miras.

Debemos, pues, afrontar la situación del país tal como se encuentra actualmente planteada, no como quisiéramos que lo estuviera. El hecho es que el desmesurado crecimiento industrial que se ha producido durante las últimas décadas, ha dado, como consecuencia, una inmigración masiva procedente de diversas regiones españolas, inmigración que se ha afincado en las grandes zonas fabriles y a la que es preciso integrar en nuestro propio contexto, con miras a una plena adaptación que lleve a sus componentes a compartir, haciéndolas suyas, nuestras costumbres, inquietudes, aspiraciones, alegrías y tristezas. Y ello debe hacerse, además de con rapidez, con cordialidad y con tacto, si no queremos sembrar la semilla de futuros antagonismos que serían tanto más graves cuanto que sabemos que la población que pudiéramos llamar alógena rebasaba hace ya unos años la cifra de quinientas cincuenta mil almas. Cifra, en verdad, escalofriante y que debe inducirnos a la reflexión. Por tanto, todos los caminos que nos

conduzcan a posibilitar una convivencia abierta y civilizada entre esas dos comunidades— ciertamente disímiles, porque, a la disparidad de sus respectivos vehículos habituales de expresión, hay que añadir la que emana de sus circunstancias, caracteres, hábitos, creencias, aficiones, etc.—; todos los caminos, digo, que eviten segregaciones, enfrentamientos y vidriosidades entre la población advenediza y la receptiva, son caminos válidos, son caminos deseables. Y creo que, sin abandonarlos, antes bien, transitando por ellos resueltamente, podemos incluso contribuir a reforzar nuestro exhausto caudal cultural, empleando ambos idiomas, el autóctono y el romance. Tengan en cuenta los extremistas de una de las dos riberas idiomáticas en cuestión, que el empleo del castellano puede servir —de hecho ha servido ya, y eficazmente, en lo que va de siglo— de plataforma para la promoción, el aprendizaje y el fomento del propio euskera. Por su parte, los extremistas de la otra ribera deben dejar de lado sus precauciones y sus suspicacias, para aceptar que también nuestra lengua vernácula, que quizá sea un día la de sus hijos, puede contribuir a engrandecer su propio patrimonio cultural. Precisamente en estos momentos se está procediendo —y no sé si peco de indiscreto al revelarlo aquí y en este momento— a la traducción del Quijote al euskera, empeño al que se ha consagrado don Pedro Berrondo, uno de nuestros mejores especialistas en esta difícil disciplina. Y sabido es que toda traducción, además de difundir la creación privativa en áreas ajenas y aunque sólo sea por una mera cuestión de prestigio, no solamente enriquece a la obra vertida y, por supuesto, a su autor, sino también al propio idioma mutuante.

Pensando como pienso, no les extrañará a ustedes que considere que todo aquel que entre nosotros se dedica a alimentar discriminaciones y exclusiones, es un boicoteador, consciente o inconsciente, tanto de nuestra necesaria convivencia civil, como de nuestro desarrollo cultural.

Ahora bien. Yo me he incluido en un hipotético bando que tiende a enfocar los problemas desde un ángulo ecléctico y positivo; en un bando que rehuye las actitudes teatrales y dogmáticas; en un bando que no quiere incurrir en el pecado de confundir los deseos con las realidades. Pero me pregunto: ¿Quiénes somos en el país los que pensamos así? ¿Cuántos somos? ¿De qué fuerza disponemos? Todas estas cuestiones parecen constituir otras tantas incógnitas. Pero aún cabría mencionar algunas más, estrechamente relacionadas con ellas. Por ejemplo: ¿Cómo crear una dinámica cultural a estas alturas y entre nosotros? ¿Cómo imbuir, de pronto, en un pueblo de tendencias acusadamente pragmáticas, como lo es el nuestro en la actualidad, una mística de signo desinteresado y humanístico? ¿Cómo promover una incitación intelectual e investigadora? ¿Cómo desper-

tar la vocación universitaria y el afán por los estudios superiores? En suma: ¿Cómo actuar?

Etiología y diagnosis.

Equiparando el lánguido estado actual de nuestra vida cultural con el de un organismo enfermo, pienso que debiéramos asumir la actitud que, en su caso, adoptaría un médico. Es decir, estudiar ante todo la etiología del mal y emitir después el correspondiente diagnóstico.

Pues bien: ¿Qué ha podido suceder en nuestro país en estos tiempos de formidable incremento económico e industrial, para que se estancase el curso de una corriente teórica, artística y científica que debió seguir una evolución, sino idéntica, al menos, relativamente paralela?

Por más vueltas que le vengo dando a la cuestión —y son muchas, porque el tema me obsesiona desde hace años— he llegado siempre a la misma conclusión: los males que aquejan a nuestra cultura se derivan principalmente de la secular falta de ciudades importantes en el país.

Quiero aclarar que cuando hablo de ciudades importantes, no me refiero a aquellos núcleos urbanos que han experimentado un crecimiento súbito y desordenado y que sirven de alojamiento a un aluvión de personas desarraigadas de sus lugares de origen y apresuradamente instaladas en fansterios o en barracones suburbiales. La ciudad a la que yo me refiero o quiero referirme es aquella que ejerce de antiguo una función ductora en su área jurisdiccional. Es aquella en la que se elaboran las normas, sugerencias, ideales y sistemas que modelan y configuran a la provincia, a la región o a la nación de la que se ha constituido en eje espiritual. La ciudad, así entendida, debe fecundar culturalmente al país, no vivir a sus expensas.

Esta falta de una ciudad importante en Vasconia ya la veía Baroja y la denunció, hace más de medio siglo, en el transcurso de una conferencia que pronunció a requerimiento de la Junta de Cultura Vasca. También advertía sobre el peligro que ello suponía, aduciendo que la cultura y la civilización son precisamente productos típicos de las ciudades. A pesar de ello, es evidente que a don Pío le gustaba y le resultaba simpática esa falta de ciudades en el país. Pero debemos tener en cuenta que no todo lo que nos gusta es necesariamente deseable ni conveniente. Nos gustan, por ejemplo, las comarcas de la Baja Navarra o del viejo país de

Soule. Para cualquier vasco cisbidasotarra, inmerso en una vorágine de tensiones, problemas y acuciamientos, resultan unas comarcas sedantes, idílicas, impregnadas de suave poesía lotiana. Pero, ¿qué precio se paga por ese delicioso, por ese paradisíaco, por ese incontaminado *Pays Basque*? A mi juicio, demasiado caro. Se trata del éxodo colectivo de su juventud. Se trata de la pérdida de su mejor savia. Desde hace muchas décadas, gran número de jóvenes de ambos sexos han tenido que emigrar todos los años, a París o a Norteamérica, por no encontrar en el solar nativo puestos de trabajo que ofrezcan algún porvenir. Naturalmente, la comarca, semidespoblada —no dispongo de datos a mano, pero tengo la seguridad de que resultaría lacerante un cotejo entre la demografía actual de la zona con la que presentaba a principios de siglo—, la comarca, digo, conserva su fisonomía secular. Allí no ha habido grandes adulteraciones. Pero, repito, el precio de esta imagen bucólica e incorrupta es inaceptable. Los propios *bertsolaris* del otro lado del Bidasoa han tomado muchas veces el tema —el triste tema— como motivo de inspiración. Recordemos que hace cosa de un par de años, *Mattin*, el vate festivo y alegre por excelencia, el hombre de la voz aguda y las tonadas pintorescas e inverosímiles, al tocar este punto que precisamente le fue impuesto por el coordinador de uno de estos festivales de rapsodas rurales, no pudo contener sus lágrimas. Su hijo, el que estaba destinado a sucederle en la dirección del caserío ancestral, acababa de emigrar a París, en busca de algo que al parecer no encontraba en su propio pueblo. Se desconectaba para siempre de lo que para el humilde poeta constituía su vida entera...

Huelga decir que el público, habituado a las actuaciones sempiternamente desenfadas y burlescas del buen *Mattin*, se conmovió ante aquellos *bertsos* inesperados, impregnados de desaliento y de nostalgia.

No está, naturalmente, en nuestras manos el disponer la planificación infraestructural del país; el determinar las comarcas que deben ser industrializadas sin incurrir en congestiones asfixiantes y descaracterizadoras, y aquéllas que deben conservar más o menos intacta su fisonomía rural. Pero sí nos incumbe la responsabilidad de dar nuestra voz de alarma. Por eso quiero dejar aquí constancia de la mía, señalando mi rotundo desacuerdo con el desbocado crecimiento que se está produciendo en nuestra zona, barriendo con todas nuestras esencias, peculiaridades, creencias y costumbres. Y, por supuesto, mi dissentimiento, igualmente rotundo, con el riguroso estatismo a que parece hallarse condenado el paraíso de Loti y de Gallop, estatismo que anula sus impulsos dinámicos y emprendedores y que lo convierte en un cantón apagado y apático. En un cantón que expide emigrantes, en lugar de acogerlos...

Ni lo uno, pues, ni lo otro. El equilibrio es lo que nos falta, es lo que nos ha faltado siempre, en esto como en todo. El término medio, ese expediente sensato, oscuro y eficaz que tan pocos entusiasmos parece despertar entre nosotros, constituiría, sin duda, la mejor medicina para muchos de los males que nos aquejan.

La Ciudad

En un libro de Pío Baroja titulado *Ayer y hoy*, libro que vio la luz en América hace ya cerca de cuarenta años y que, por cierto, no aparece incluido en sus *Obras completas* editadas por la Biblioteca Nueva, se contiene un interesante trabajo relacionado con la historia, el carácter y el destino de las ciudades. Cabe que alguno de los conceptos emitidos por don Pío en este ensayo no resulte muy definitivo y admita ciertas objeciones, pero, en cualquier caso, pienso que el conjunto del estudio es importante y que puede constituir un buen punto de arranque para analizar el tema.

Indica Baroja que en todos los pueblos antiguos con tradiciones muy arraigadas, existen, como existían en Grecia, dos tipos de urbes: la alta, la acrópolis, cargada de historia y fundada por algún legendario héroe nacional; y la urbe nueva, la hipópolis, sede de mercaderes, marinos y extranjeros.

La acrópolis mantendría vivo en el pueblo el espíritu de casta y el aristocratism, mientras que en la ciudad baja se iría imponiendo la tendencia gregaria, igualitaria y un tanto mediocre, de los comerciantes y advenedizos. La una vivía bajo el signo de Apolo; la otra, bajo el de Dionisios. Aquella forjaba hombres individualistas y orgullosos, que gustaban del aislamiento; ésta promovía pequeñas asociaciones municipales llamadas anficionías.

Según don Pío, en todos los países antiguos queda como un recuerdo, como un vestigio de esta constitución, tanto en lo que se refiere a las ciudades, como a las naciones.

Aplicando la idea a España, Toledo, Avila, León, Segovia, Salamanca, constituirían, para Baroja, la acrópolis, mientras Barcelona, Valencia, Sevilla, Cádiz, La Coruña, Bilbao, serían las villas bajas con cierta inclinación a las anficionías. Tendencia que se daría más en el Mediterráneo que en el Atlántico, por ser el *Mare Nostrum*, según don Pío, el mar meteco por excelencia.

Por cierto que a lo largo de este ensayo que comento, Baroja aventura una teoría un tanto inopinada y original, como muchas de las suyas, y quizá también, de difícil comprobación: la de que la lucha entablada en España entre la Monarquía y la República, era una manifestación puramente episódica de la rivalidad existente entre la acrópolis y las ciudades bajas.

Don Pío maneja, con su soltura habitual, una serie de ejemplos en apoyo de su tesis, y afirma que los caracteres físicos y constitucionales de España son anómalos y muy mal conocidos, tanto por los extranjeros como por los propios españoles. Pero su rumbo especulativo se aparta ya por completo del que yo me propongo tomar aquí, centrado principalmente en el problema que nos viene planteando de antiguo la ausencia de una ciudad vasca.

En realidad, es ésta una cuestión que me inquieta desde hace mucho tiempo y ya en un libro mío aparecido hace cinco o seis años me ocupaba extensamente de ella.

En los tiempos en que vivimos, la ciudad viene a ser una especie de laboratorio en el que investigan, ensamblan y contrastan los distintos brotes espirituales que nacen en un país.

Un pueblo, una nación, una región, sin su capital —que no ha de ser solamente una aglomeración urbana indiferente y desprovista de alma, con rascacielos, hoteles suntuosos, grandes avenidas y la consiguiente polución automovilística, sino el crisol en el que deben fundirse los distintos anhelos del país entero— resulta, pues, un pueblo acéfalo, irregular, que únicamente se mueve por reacciones primarias e instintivas.

En el terreno de la creación, los impulsos estéticos, artísticos o literarios que surgen esporádicamente aquí y allá, no pueden ser coordinados, lo que hace que presenten siempre un aire confuso y provisional. Es evidente que en un ámbito metropolitano y universitario, en un clima amplio, sereno, abierto al examen, a la experimentación y al diálogo, muchas de estas corrientes aparentemente aisladas o aun divergentes podrían complementarse y llegar a constituirse, por simbiosis, en tendencias relativamente *homogéneas*, es decir, en lo que llamamos escuelas.

Todos sabemos que nada de esto sucede hoy. Por vía de ejemplo les señalaré que en cualquier región o nación del mundo, un movimiento escultórico de la importancia del que actualmente se da en nuestro país,

concretamente en Guipúzcoa, con nombres consagrados en los más famosos certámenes internacionales —Sao Paulo, Milan, Venecia, etcétera— y conocidos, por tanto, en el mundo entero, hace tiempo que llevaría el marchio común de su territorialidad. Como en el campo de la literatura, a una escala inferior y con mucho menos lógica copulativa, lo lleva, *verbi gratia*, el grupo de novelistas béticos que integran la llamada «narrativa andaluza». Pues bien: aquí no sabemos todavía y no hacemos nada por saberlo —pese a lo mucho que nos prestigiaría colectivamente la tal coleccionación— si existe una escuela vasca de escultura. Y ya que me he atrevido a tocar este punto, voy a decir algo más, refiriéndome ahora a San Sebastián: Estamos desaprovechando la oportunidad, absolutamente providencial y que no volverá a presentárenos jamás, de constituir en alguno de nuestros escasos parques —en este momento pienso en el marco verde, frondoso, poéticamente asomado a nuestra incomparable bahía, del palacio de Miramar— un espléndido museo de arte contemporáneo al aire libre, como una pequeña pero muy digna réplica al erigido en el soberbio parque de Frogner, en Oslo, en el que puede admirarse prácticamente la obra entera del artista noruego Gustav Vigeland. Una serie de obras de nuestros escultores actuales, Oteiza, Chillida, Basterrechea, Mendiburu Ugarte de Zubirrain, etcétera, reunidas y colocadas con gusto en distintos emplazamientos del parque, no solamente enriquecería el ya de suyo magnífico recinto municipal, sino que además significaría un timbre de honor para nuestra ciudad, dado lo infrecuente del empeño en estos tiempos que corremos, mucho más dados al materialismo y a la ramplonería, que a cuanto pueda suponer el menor signo de sensibilidad artística y espiritual.

Nuestros concejales que, naturalmente, no tienen por qué ser expertos en materia de arte moderno —tampoco lo es quien en estos momentos les habla a ustedes—, deben, al menos, tener conciencia de la trascendencia de nuestro momento artístico. Yo les instaría cordialmente a que considerasen que una escultura de Oteiza, gran vencedor en Sao Paulo, en Milán, en Montevideo; o de Chillida, cuyos premios internacionales son ya tan numerosos que costaría trabajo enumerarlos, satisfagan o no sus gustos personales, representan en cualquier caso un lujo extraordinario para la ciudad que pueda reunirlos en un jardín o en un parque.

Otra cosa que me permitiría señalar a nuestros corporativos es que en el campo del arte, cada época tiene su propio talante y sus propias exigencias estéticas y expresivas, y que sólo el curso de los años legitima la valía y la autenticidad de sus logros. Anticiparse, pues, a la sentencia del padre Tiempo, parece una medida inteligente y positiva, especialmente, si tenemos en cuenta que los propios técnicos, cuando se han obstinado en

desconocer las corrientes innovadoras, han solido cometer errores increíbles. Sin ir más lejos y ahora que se cumple el centenario del *boom* del impresionismo, todos sabemos que aquí mismo, en San Sebastián, el pintor Regoyos quiso regalar, a principios de siglo, un par de cuadros a nuestro museo, donación que fue rechazada por quienes a la sazón regían la pinacoteca municipal, por no considerarlos con la categoría suficiente para ser incluidos en la colección del museo. Con lo que, además de demostrar —histórica y lamentable demostración— su ineptitud garrafal en materia de arte —precisamente aquella disciplina para la que se les consideraba competentes y para la que fueron designados— pusieron de manifiesto una absoluta falta de visión de futuro.

Pues bien. En nuestras circunstancias actuales, ni siquiera se trataría de correr ningún albur al respecto, puesto que algunos de nuestros escultores vienen avalados desde el extranjero con créditos artísticos de la mayor solvencia. En cuanto al factor económico, pienso que tampoco constituiría un obstáculo insalvable, dada la favorable disposición que uno atribuye a este singular grupo de artistas, cuya dedicación al país es precisamente una de sus principales características. El quid de la cuestión, para mí, sería otro. Residiría en captar la excepcionalidad de la oportunidad. En no dejarla pasar. En no asumir la actitud pasiva, indiferente e insensible que indefectiblemente correspondería a una ciudad baja, de mercados y rastacueros. A la anfictionía de que nos hablaba Baroja...

Necesitamos de la gran ciudad

Al margen de cierto tipo de deberes administrativos o políticos que pueden corresponderle a una ciudad cuando le es conferido el carácter de capitalidad; o de las lógicas repercusiones socioeconómicas implicadas en la densidad de su propia demografía urbana —nada de lo cual nos interesa aquí por pertenecer a predios totalmente ajenos al que se centra nuestro estudio— es evidente, y lo he dicho y escrito repetidas veces, que la ciudad digna de tal nombre, debe erigirse en núcleo, en vértice impulsor de su propia región o nación. Debe constituirse en una especie de laboratorio experimental en el que se contrasten, y se complementen, y se coordinen, y se fortalezcan, todos aquellos impulsos espirituales, artísticos y científicos que puedan ir brotando en las distintas zonas del país. De la ciudad deben partir las corrientes intelectuales, estéticas, sociológicas e ideológicas que hayan de fecundar coherentemente a la región, así como las normas para sus aplicaciones respectivas.

Entre nosotros puede decirse que ha sucedido todo lo contrario. Nues-

tras pequeñas ciudades no han mostrado gran inclinación por irradiar sus débiles destellos culturales a las comarcas de su influencia. Diríase que se han limitado a contemplar, complacidas, sus respectivos progresos económicos y demográficos, incapaces de advertir los peligros y las perturbaciones que se contenían en tales arrolladores y caóticos crecimientos. En cambio, cabría decir que los aislados brotes culturales que se han registrado en el país han tenido casi siempre su origen en villas o pueblos escasamente habitados. En Guipúzcoa y en tiempos de Peñafloreda y posteriores, Azcoitia, Vergara y Oñate fueron, dentro de las lógicas limitaciones propias de la época, centros elaboradores de cultura. En nuestros días y en medio de la demencial barahunda industrialista, Tolosa, con sus dieciocho mil moradores mal contados —y en el censo está incluida la nutrida población agraria de su comarca—, ha encontrado el tiempo y la serenidad suficientes para, sin desatender las acuciantes actividades profesionales y fabriles, constituir un interesante equipo de estudiosos, posiblemente sin parangón al presente en el país. Hay entre ellos, académicos y eusekeristas de nota, investigadores, publicistas, etnógrafos, historiadores, musicólogos, novelistas, ensayistas, comediógrafos, etcétera. Por si fuera poco, pervive en el pueblo una noble y arraigada tradición editorial, vinculada precisamente con el euskera, y que, por cierto, ha encontrado su óptimo relevo en la Editorial Auspoa, cuyo pilotaje corre a cargo de un hombre emprendedor y dinámico como pocos. De un sacerdote optimista y tesonero que, como quien no quiere la cosa, ha lanzado ya al mercado la friolera de ciento veintitantos volúmenes relacionados todos ellos con nuestro *bertsolarismo*, evitando que miles de estrofas prácticamente desconocidas se perdieran para siempre. Me estoy refiriendo, lo saben todos ustedes, al Padre Antonio Zavala.

Sin embargo, en los tiempos que corren ya no bastan estos pequeños polos emisores de conocimientos, de ideas y de sistemas, para fecundar culturalmente a un país. La época demanda centros experimentales mucho más importantes y complejos, con abundantes medios a su disposición, así como potentes mecanismos difusores, extensivos y captatorios. Hoy en día, la cultura, como cualquier vulgar promoción comercial, sólo puede impulsarse eficazmente a base de un gran aparato publicitario. La sociedad de consumo, nuestra sociedad actual, tiene sus condicionamientos y sus exigencias y es inútil intentar substraerse a ellos.

Naturalmente, esto no quiere decir que nuestras pequeñas villas hayan de abandonar en adelante el cultivo del espíritu. Todo lo contrario. Personalmente, hago fervientes votos, no solamente por que Tolosa continúe entregada a su labor en pro de nuestra cultura, sino por que se supere

con creces en el empeño. Que campo hay para ello. Y hablando de Guipuzcoa, me felicitaría si a Tolosa se le unieran en la noble empresa, Vergara, Oñate con su apendicular Aránzazu y, por ejemplo, un trinomio que teniendo por base a Loyola, podría reunir asimismo a Azpeitia y Azcoitia. Localidades todas ellas que, dados sus respectivos entornos, parecerían especialmente indicadas para centrar su atención en la parcela, entrañable y delicada como ninguna, del euskera, tan expuesta siempre a ser utilizada como campo de experimentación —a veces, con designios paralingüísticos— por los extremistas de turno.

Sería de desear, asimismo, que por su lado, Pamplona, Vitoria y San Sebastián, capitales con censos de población paralelos, iniciaran una esforzada competición en el terreno cultural. Que se volcaran en ella apasionadamente —tal como acostumbran hacerlo nuestros pueblos en las pugnas de carácter deportivo—, organizando en sus respectivas zonas de influencia el mayor número de conferencias; de conciertos; de mesas redondas sobre literatura, sobre teatro, sobre cinematógrafo; de exposiciones artísticas; de recitales poéticos; de representaciones teatrales, etcétera. Pienso que pocas veces una competición entre colectividades nuestras alcanzaría un nivel tan digno y deseable.

Todo esto resultaría, como digo, muy interesante y apetecible. Pero tampoco sería suficiente, hoy en día, para lograr una promoción realmente válida. Solamente la participación activa de una ciudad importante —importante por su economía, por su demografía, por su poderío— en esta gran aventura cultural vasca, podría alcanzar metas realmente ambiciosas y substanciales.

Hace medio siglo, una población que contara con cien o con ciento cincuenta mil habitantes podía hacer grandes cosas. Hoy ya no tanto. Hoy, en muchos aspectos, tales comunidades resultan un poco cortas. El factor económico, vinculado siempre al demográfico, pesa cada día más. En el campo de la cultura y en cualquier otro campo. Incluso la misma política aparece a menudo confundida y condicionada por él. El hecho incontrastable de que el idioma francés vaya siendo desplazado de la propia Europa, como segunda lengua, por el inglés, no obedece, en el fondo, sino a móviles estrictamente hegemónicos. Vale decir, políticos. Vale decir, económicos.

Actualmente y en relación con nuestro País Vasco, la metrópoli que pretenda dejar oír su voz con fuerza e influir decisivamente en la región, necesita, entre otras cosas, que su registro de ciudadanos ronde la cifra del

millón. Todos sabemos que solamente una urbe se aproxima a esta meta reputada al efecto como ideal: Bilbao, que, con su abigarrado cinturón periférico, se va acercando rápidamente al guarismo determinativo.

No hace falta devanarse los sesos para comprender que las grandes ciudades pueden contar con los mejores elementos educacionales, universitarios, artísticos, tecnológicos, científicos, etcétera; que disponen de las mejores bibliotecas, de las mejores pinacotecas y de los mejores museos; que pueden organizar conciertos con las más famosas orquestas; que pueden montar representaciones teatrales u operísticas de altos vuelos; que incluso pueden intentar poner en marcha una industria cinematográfica; que los medios de difusión de que disponen son, asimismo, los más eficaces.

En lo que respecta, pues, a nuestra región y concretándonos al terreno editorial, que es al que uno está más o menos ligado, solamente la densa demografía de una gran ciudad como lo es ya Bilbao permite —o debe permitir— tiradas consideradas hoy un tanto quiméricas por los que nos movemos en el predio inseguro y resbaladizo de la literatura. Tiradas, quiero decir, que compensen económicamente al escritor y que conviertan su actividad vocacional en un auténtica profesión. Pero, claro. Para ello es preciso fomentar allí previamente la inquietud cultural, la afición a la lectura, el interés por nuestros temas. Es un poco, lo que la gran industria viene llevando a cabo desde hace unos cuantos años, no muchos, y cuya tremenda repercusión sociológica está ya superando a las que produjeron las más cruentas revoluciones políticas conocidas en la Historia. Estoy aludiendo a ese fenómeno de nuestra época que hemos dado en llamar Sociedad de Consumo. Su estrategia consiste en crear primeramente en la conciencia de las gentes la convicción de que se hace necesario determinado producto; y cuando esta idea ha germinado, se procede a inundar el mercado con el producto de marras. Esta técnica, que en cierto modo ha venido a invertir las pautas tradicionales del comercio y las viejas leyes mercantiles de la oferta y la demanda, basa su eficacia en ese moderno e infalible talismán que es la publicidad. Y la publicidad, todos lo sabemos, únicamente puede darse en las grandes concentraciones humanas, no solamente por ser muy costosa (aunque luego compense con creces las inversiones iniciales), sino porque está concebida precisamente para operar e influir en las masas.

No nos engañemos. La idea de interesar, de comprometer a Bilbao en un vasto movimiento colectivo en pro de nuestra cultura, es un intento ambicioso y lleno de dificultades. Pero creo que valdría la pena probar

fortuna. Salta a la vista que Bilbao tiene hoy dos grandes, dos absorbentes pasiones: la Economía y el Deporte. Dos polos de atracción fascinantes para todos los pueblos dinámicos —que también de pan han de vivir los pueblos y nada de malo hay en ello—, pero que en la capital vizcaína parecen haberse constituido en incentivos exclusivos, marginando otras inquietudes que uno considera, no ya importantes, sino decisivas para el país, y creando entre ambos mundos, el de las finanzas y el futbolístico, un estreecedor vacío espiritual y cultural.

Como yo he pensado siempre que los problemas no se solucionan con omisiones cómodas ni con retóricas vacuidades de Juegos florales, esta cuestión la he solido plantear públicamente antes de ahora y precisamente en el mismo Bilbao. Y tengo que decir a ustedes que cada vez que lo he hecho he encontrado allí un eco de comprensión e incluso de simpatía. Lo que me hace pensar que no todo está perdido, como pueden suponer los pesimistas impenitentes. Y que una campaña en la que nos volcáramos todos, bilbainos y no bilbainos; vizcaínos, navarros, alaveses y guipuzcoanos; una campaña bien planeada, bien llevada y bien orquestada, encaminada a incorporar a Bilbao en un gran movimiento cultural que comprometiera a la región entera, podría dar frutos inesperados.

¿Se imaginan ustedes lo que significaría para el país en la esfera del pensamiento y del arte, el que Bilbao, con su carácter emprendedor; con su potencial demográfico, industrial y económico; con su dinamismo y su audacia proverbiales, se alínea junto a las demás capitales y las demás provincias vascas, en un empeño común en pro de nuestra cultura? Yo pienso que aunque no se incorporara a tope en la empresa, su sola presencia resaltaría ya importantísima para nuestros fines.

Pero, no voy a abrumarles más con la relación de mis inquietudes y de mis ilusiones:

No quiero concluir mi disertación sin dedicar un recuerdo, un afectuoso, agradecido y emocionado recuerdo, a alguien que, por hallarse enfermo, no se encuentra hoy entre nosotros. Tampoco pudo acudir a la última asamblea general que celebró la Sociedad hace pocos días en el palacio de Insausti. Pero puedo aseguraros que su presencia se hizo patente —yo añadiría que conmovedoramente patente— en todos los actos que tuvieron lugar en la vieja sede de los Amigos. Me estoy refiriendo, lo habéis comprendido todos, a Alvaro del Valle Lersundi. A ese hombre que ha consagrado su vida entera a la noble obra iniciada dos siglos atrás por el conde de Peñafloreda y sus preclaros colaboradores. A ese hombre excep-

cional, a ese guipuzcoano de élite, a quien uno ve de tal manera identificado con la trascendental empresa de Munibe, que incluso lo imaginaría sin gran esfuerzo, ataviado con la casaquilla y el calzón propios de finales del siglo XVIII y sugiriendo con su sempiterno entusiasmo unas cuantas ideas a los Caballeritos, en algún salón de la histórica casona azcoitiana. Y quiero aclarar, además, que en mi caso, la expresión de reconocimiento tiene una segunda vertiente, por haber sido el propio Alvaro, precisamente, quien propuso personalmente mi ingreso en esta entrañable entidad. *Biotzez, eskerrik asko, Alvaro adiskidea, eta sendatu zaitex lenbailen!*

Deseo agradecer asimismo las palabras de elogio con que me ha presentado ante ustedes don José Ignacio Tellechea Idígoras, palabras generosas, dictadas por el afecto antes que por los méritos que puedan concurrir en uno. Y, por supuesto, quiero dejar constancia de mi gratitud a nuestro director, mi querido amigo don Juan Ramón de Urquijo, por haberse desplazado exprofeso desde Bilbao para honrarme con su presencia en este acto.

Por último, gracias también a todos ustedes, a todos vosotros, queridos amigos del país y míos, por la atención y la paciencia con que me habéis escuchado esta noche. *Milla esker guztioi.*

San Sebastián, 25 de junio de 1975

XABIER TOLARETXIPI LIZARRALDE

El 16 de Enero del año en curso ha fallecido, inesperada y prematuramente, ya que solamente contaba 52 años de edad, nuestro buen amigo Xabier Tolaretxipi Lizarralde —el popular «Tolare»— que con su alegría desbordante y buen humor supo captar tantas simpatías en nuestra ciudad.

Xabier fue un gran aficionado al teatro vasco y al teatro y cine en general. Trabajó en varios cuadros dramáticos donostiarras —siempre como amateur— desde su infancia hasta muy pocos años antes de su fallecimiento. Debutó, con anterioridad a la guerra civil, realizando papeles infantiles en el Teatro Poxpoliña (Poxpolin Antzokia) del demolido edificio del Gran Kursaal. Después del paréntesis consabido de actividades vascas se agregó o, mejor dicho, organizó el primer grupo de actores amateurs en lengua vasca surgido en la postguerra, hará cosa de 30 años, representando la deliciosa comedia del Maestro Toribio Alzaga «Aterako gera», que fue representada primeramente en Donostia y luego en Aizarna.

Con posterioridad, nuestro buen amigo Tolare actuó en todas las representaciones de obras euskéricas, tanto en las tradicionales fechas de Santo Tomás y San Sebastián en el Teatro Principal de Donostia como en escenarios donostiarras y guipuzcoanos de menos monta. Bajo la dirección de D. Andrés Arcelus (Luzear), D. Gabriel Olaizola y Dña. María Dolores Aguirre sucesivamente, el joven Tolaretxipi llegó a ser uno de los más populares y descollantes artistas del teatro vasco. Recuerdo que, entre otras muchas, trabajó en las siguientes obras: «Arantza» de P. Aroztegi, «Ramuntxo», «Mutil zar» y «Andre Joxepa Tronpeta» de Toribio Alzaga, «Amal» de Tagore (traducido por M. D. Agirre), «Behorraren ostikoa» de Telesforo Monzón-Olaso, «Goi Argi» y «Lagun txar bat» de Avelino Barriola y «Lurdesko Lorea» de H. Geon.

Pero su actividad artística no se redujo exclusivamente al teatro vasco ya que destacó por su gran dominio escénico en la «Estampas de la Pasión», «Estampas de Navidad» y «Estampas Eucarísticas» que representaba la Schola Cantorum de Nuestra Señora del Coro de Donostia, bajo la dirección de nuestro inolvidable Maestro Juanito Urteaga.

Deseo recalcar que la actividad teatral de Xabier Tolaretxipi no se reducía a la labor de artista ya que, acuciado por sus aficiones literarias, llegó a ser un consumado crítico de obras teatrales y películas cinematográficas. Colaboró en los tres diarios donostiarras (El Diario Vasco, La Voz de España y Unidad) en castellano, haciendo crítica del teatro euskérico y del Grupo dramático del Centro Católico de San Sebastián y en el semanario «Zeruko Argia» hacía crítica de cine en euskera, en la sección denominada «Ikusketak», utilizando primeramente el seudónimo de «Zartako» y cuando la dirección del semanario euskérico optó por suprimir los seudónimos adoptó la firma «Tolaretxipi X.».

Asimismo, según puede verse en la Enciclopedia General Ilustrada del País Vasco, pág. 367, que se publica bajo la dirección de D. Bernardo Estornés Lasa, el amigo Xabier colaboró en la revista «Aránzazu», uniendo de esta forma su vocación literaria a Arantzazu, lugar predilecto de sus vacaciones. En la citada Enciclopedia nuestro lector podrá saborear la crítica euskérica a la película «Los Tarantos».

Goian bego nuestro buen amigo Tolare que tan buenos ratos nos proporcionó en su agradable compañía, saturada siempre de una sana alegría y excelente humor. Agur Xabier, alkar ikusi arte!

TOPONIMIA MENOR DE LA RIOJA

Hace ya tiempo tenía ganas de escribir unas cuartillas para ocuparme de la alusión que Patxi Oroz Arizguren me hizo en un artículo suyo (1) en cuyo texto se hacen varias alusiones a topónimos míos de la Rioja, y en una nota, se pone en duda la época del vascuence de esos topónimos, que se atribuyen «o más bien, como se ha objetado, en la Edad Media».

Se ha ido pasando demasiado tiempo para realizar mi propósito porque se fueron adelantando otros trabajos, pero hace poco tuve ocasión de ocuparme de este tema con motivo de preparar datos para una conferencia que pronuncié este otoño en el Ateneo de Madrid, lo que me dio motivo para ampliar una serie de antecedentes sobre los ya publicados en 1962, (2). Extractando el texto de esa conferencia me va a servir para tratar de demostrar a los más opuestos a mi tesis, que el vascuence de la Rioja y Burgos de que me ocupo en mis trabajos procede de la primera habitación humana que en ella vivió.

La primera población que llegó a la Rioja que a juicio de todos los prehistoriadores fue nómada, compuesta de pastores y cazadores, muchos de ellos procedentes de las montañas del Norte.

Debe tenerse en cuenta para mejor entender lo que voy a decir en este artículo que las tierras de la Rioja antigua eran más extensas que las actuales de la Rioja política. Estas fueron siempre muy codiciadas por poseerlas por los que habitaban en sus cercanías sobre todo, lo que dio lugar a más de una batalla hasta que la Rioja llegó a integrarse en Castilla ya en el siglo XII.

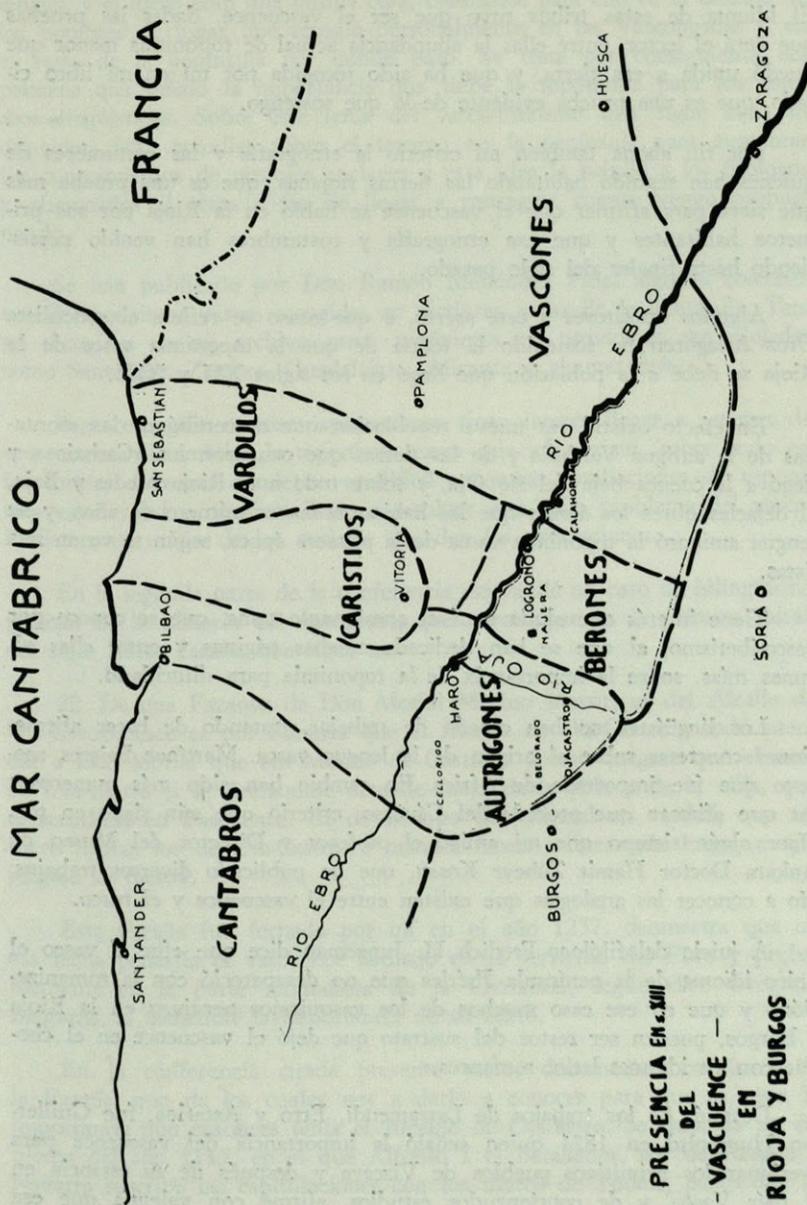
En la Rioja no se han hecho demasiados trabajos de excavaciones y además se han realizado de una manera aislada. Esos trabajos se han publicado en el libro «Miscelánea de Arqueología Riojana» el año 1973, por la Diputación de esa provincia.

Para dar una idea de las tribus que poblaron las tierras primitivas de la Rioja acompañó un mapa con las ideas que he recogido de personas solventes, que di a conocer en la citada conferencia.

Como observará el lector en su mayor parte estuvo ocupada por «Berones» y una porción semejante en la zona Sur, por los «Bascones». En cambio por el Norte en una pequeña parte se encontraban, los «Autrigones».

(1) «Toponimia Menor de la Cuenca de Pamplona». Boletín de R.S.V.A.P., 1970, cuad. 4.º, p. 403.

(2) «El Vascuence en la Rioja y Burgos». San Sebastián, 1962.



El idioma de estas tribus tuvo que ser el vascuence, dadas las pruebas que verá el lector, entre ellas la abundancia actual de toponimia menor que quedó unida a esa tierra, y que ha sido recogida por mí en mi libro citado, que es una prueba evidente de lo que sostengo.

Por fin abona también mi criterio la etnografía y las costumbres de quienes han seguido habitando las tierras riojanas, que es una prueba más que sirve para afirmar que el vascuence se habló en la Rioja por sus primeros habitantes y que esa etnografía y costumbres han venido persistiendo hasta finales del siglo pasado.

Algunos opositores a este aserto, a que acaso se refiera el articulista Oroz Arizguren ha sostenido la teoría de que la toponimia vasca de la Rioja se debe a la población que llegó en los siglos XII y XIII.

En efecto existió esa nueva repoblación que descendió de las montañas de la antigua Vardulia y de las tierras que ocuparon los «Caristios» y llegó a la cuenca baja del río Oja, y sobre todo a la Rioja Media y Baja, al dejarlas libres los árabes que las habitaron mayor número de años, y su lengua aminoró la toponimia vasca de la primera época, según se ve en mis listas.

Tiene interés que aluda aquí al apasionante tema, que se conoce por vasco-iberismo, al que se han dedicado muchas páginas y entre ellas algunas más, sobre la importancia de la toponimia para dilucidarlo.

Los lingüistas no han cesado de trabajar, tratando de hacer afirmaciones concretas sobre el origen de la lengua vasca. Martínez Pajares sostuvo que fue importada de Africa. En cambio han sido más numerosos los que afirman que procede del Cáucaso, criterio que aún sigue en pie. Hace algún tiempo que mi amigo el profesor y Director del Museo de Ankara Doctor Hamit Zübeyr Kosay, que ha publicado diversos trabajos, dio a conocer las analogías que existen entre el vascuence y el turco.

A juicio del filólogo Fredich H. Jungeman dice que «fue el vasco el único idioma de la península Ibérica que no desapareció con la romanización» y que en ese caso muchos de los vasquismos perviven en la Rioja y Burgos, pueden ser restos del sustrato que dejó el vascuence en el choche con los idiomas latino-romances.

Después de los trabajos de Larramendi, Erro y Astarloa, fue Guillermo Humboldt en 1821 quien señaló la importancia del vascuence para averiguar los primitivos pueblos de Vizcaya y después de su estancia en el país Vasco, y de concienzudos estudios, afirmó con valentía que esa

lengua, y el ibero eran una misma cosa, basándose para ello en el estudio de los nombres de lugar que recogió personalmente en las Vascongadas y en el resto de la península por donde pasó. Se trata por consiguiente del primero que señaló la importancia que tiene la toponimia para los estudios lingüísticos. Sobre este tema del vasco-iberismo que sigue aún sin dilucidar, falta estudiar sobre el terreno en la península para aumentar los conocimientos de posibles enclaves y esta idea la brindó a los filólogos y aficionados al tema a fin de llegar a conseguir cuanto vengo propugnando.

Se han publicado por Don Ramón Menéndez Pidal algunas colecciones de topónimos vascos recogidas en distintas zonas de la península. Tengo recogidas en mi archivo otros topónimos en provincias tan alejadas como Santander, Zamora, Guadalajara, Alicante y algunas más.

Para conseguir mayores aportaciones tiene interés llegar a recoger de una manera sistemática la toponimia vasca que aún existe, sobre todo en los límites de zonas donde no es difícil encontrar ampliaciones de toponimia vasca y así se pudiera llegar a resolver este viejo problema del vasco-iberismo, en unión de las noticias que den las excavaciones.

En la segunda parte de la conferencia desarrollé un caso de bilingüismo judicial de la historia del vascuence, que tuvo lugar en la primera mitad del siglo XIII, Fazaña que sigue así:

22. De una Fazanya de Don Morial Merino Mayor, et del Alcalle de Oia-Castro. Esto es por Fazanya que el Alcalle de Oia-Castro mandó prender a Don Morial que era Merino de Castiella porque juzgara que el ome de Oia-Castro si le demandase ome de fuera de la villa o de la villa, que el recudiese en Bascuence. Et de si sopo don Morial en verdad, que tal fuero habían los de Oia-Castro, e mandol dexar e dexaronle luego, e que juzgase su fuero».

Esta Fazaña fue fechada por mí en el año 1237, demuestra que en esa fecha persistía el vascuence hablado en la vertiente del Ebro y probablemente en la parte montañosa de la Cantabria, según dice Gregorio Balparda, al comentar la importancia de su texto.

En la conferencia citada presenté varios documentos coetáneos de la Fazaña, uno de los cuales voy a darlo a conocer para que se sepa la importancia que entonces tenía el Alcalde de Ojacastró. Se trata de un diploma del año 1115, en el que Alfonso I el Batallador, rey de Aragón y Navarra suscribe las capitulaciones con los moros de Tudela, pacto que se

firmó en el Pueyo de Sancho, junto a Huesca, en el mes de Marzo del citado año. Este documento fue publicado por la Real Academia de la Historia el año 1802.

Además la Fazaña nos da a conocer que los de Ojacastro podían por Fuero declarar en vascoence en cualquier demanda o pesquisa que les «hiciese ome de fuera de la Villa o de la Villa», que demuestra la densidad del vascoence anteriormente al siglo XIII, y este dato desvirtúa totalmente la afirmación de los que suponen que el vascoence en la Rioja se debe a emigrantes del Norte que repoblaron las tierras que dejaron abandonadas los árabes, idea que recoge Oroz Arizguren en la nota del artículo que comento al comienzo, y también algún otro que ha mantenido el mismo criterio, de que el enclave vasco de la Rioja es tardío.

Agradezco al autor del artículo, que además de la cita que dejo contestada, me haya hecho otras varias, y veo con agrado que coincide conmigo en el gran interés que tiene la recogida de toponimia menor, no sólo para el conocimiento de las lenguas de las generaciones que nos precedieron, sino también para facilitarnos datos históricos de quienes las hablaron y de su etnografía.

Tengo también que agradecer a Oroz Arizguren otras citas que me hace de topónimos de mi libro de 1962, en el texto de su artículo que le sugieren los que recoge de la Cuenca de Pamplona, deteniéndose en la pag. 405 a propósito de *La Zalaya y Bero*, y vuelve al final a ocuparse de nuevo de este último. Y por fin se detiene en la cita *Izai* en la pág. 409, y veo con agrado la coincidencia de ambos en juicios semejantes.

Por fin quiero hacer constar mi deseo que con los datos expuestos en el fondo de este artículo haya llevado al ánimo de mis discrepantes a posibles coincidencias, que nos pongan un poco más cerca de lo que hasta ahora hemos estado, en nuestras respectivas apreciaciones.

José Juan Bta. MERINO URRUTIA

IZTUETA, AFRANCESADO,
PROCESADO POR INFIDENCIA EN AZPEITIA

Una parcela del episodio vital de Juan Ignacio de Iztueta que poco a poco vamos conociendo es la relacionada con las actividades que desarrolló en Azpeitia y otros lugares, a lo largo de la guerra napoleónica que como se sabe sufrió Guipúzcoa, de modo especial, desde 1808 a 1813.

Iztueta había contraído matrimonio con «Conchesi» Bengoechea, en Azpeitia, el 9 de Febrero de 1808; de forma que antes de cuatro meses, avencidado el matrimonio en aquella villa, se inició en Madrid el 1 de Mayo de aquel año la larga lucha contra el «tirano» y el «gobierno intruso» que ensangrentó abundantemente las tierras de la península y, naturalmente, de Guipúzcoa.

La repetida lectura de las páginas que Iztueta en su «Condaira» dedica a la Guerra de la Independencia, y en las que en tono de testigo participante o poco menos, nos describe detalles y pormenores que siempre nos han parecido novelescos y de pintoresca narrativa, habían hecho crecer en nosotros la duda sobre las verdaderas cualidades de Iztueta-soldado-guerrero a las que nunca le hemos considerado entregado en férrea dedicación.

Un enjundioso proceso que sobre infidencia e información de conducta y opinión políticas, observadas durante la dominación enemiga por parte de varios vecinos de Azpeitia, y que hemos estudiado recientemente, nos ha ilustrado aceptablemente sobre un capítulo biográfico de Iztueta, un tanto oculto hasta hoy, a nuestro entender.

Este proceso que acabamos de examinar se halla dispuesto en tres piezas, y contiene un total de 450 folios. Se conserva en el Fondo del Corregimiento «Reserva» del Archivo General de Guipúzcoa, sito en Tolosa. Se inició la sumaria en 1813. Continuó con los habituales episodios curiales en este género de causas, en 1814; señalándose su remate con sentencia dada el 24 Novbre. 1815, confirmada por autoridad superior el 12 Dicbre. del mismo año.

Resumiendo drásticamente lo examinado, diremos: que varios vecinos de Azpeitia, Iztueta entre ellos, fueron mencionados y señalados por diferentes testigos que de oficio depusieron en la causa... como individuos que en el «año de la dominación francesa», 1809, mostraron la suficiente actividad como para merecer la nota de «afrancesados» que se les atribuía por parte de numerosos vecinos de la villa.

Uno de estos afrancesados era el azpeitiarra Don Juan Angel Errazquin, en cuya habitación —dicen— se reunían los acusados... entre los cuales se hallan el padre y hermanos del que fue luego consultor de la Provincia D. Luis de Arocena, quien tampoco escapó al asedio de la acusación...

Señalemos como detalle de interés, que hubiera valido para Hombrados Oñatibia y Valverde, —pues ambos nos han dado expresiones pictó-

ricas en sendos retratos del zaldibitarra-dantzari...— los siguientes datos antropológicos que el escribano azpeitiarra José Domingo de Vizuña, nos dio el 23 Febrero 1814.

Juan Ygnacio de Ynstueta: pelo largo castaño, cejas del mismo color, nariz afilada, frente mediana, barba cerrada, cara ermosa, estatura baja.

(Este es un «flash» de Iztueta a sus 47 años de edad).

De ciertas declaraciones tomadas a Yztueta durante el proceso llegamos a saber que el 24 de Abril de 1810 se traslada con su mujer llamada Concepción Bengoechea (y sus niñas) desde la villa de Azpeitia donde residía desde el año 1802, a San Sebastián.

Sumando los días que Iztueta pasó en cárcel del Corregimiento en Tolosa, de resultas de este proceso, hallamos:

28 Febrero a 12 mayo, 1814	2 meses y 14 días
19 Mayo a 4 Noviembre 1815	5 meses y 16 días

TOTAL 8 meses de cárcel

En cuanto a los días de reclusión en su casa de San Sebastián:

12 Mayo a 25 Junio, 1814	1 mes y 13 días
---------------------------------	-----------------

Total reclusión en cárcel y casa 9 meses y 13 días

En las dos detenciones en prisión —1814 y 1815— que Iztueta hubo de sufrir en Tolosa, fue puesto en estado de libertad bajo fianza. Esta, en ambas ocasiones, le fue otorgada por el donostiarra D. Vicente de Legarda, platero, que a la sazón moraba en Tolosa y que se constituyó en el «carcelero comentariense» de Juan Ignacio.

Hay que añadir que Conchesi, mujer de Iztueta, murió en San Sebastián el 28 de Marzo de 1815 a sus 39 años de edad. Y que Juan Ignacio, en inquietante situación ante la justicia, era cabeza de familia compuesta de cinco criaturas: dos niñas; María Antonia y Josepha Francisca habidas en su primer matrimonio con María Joaquina de Linzoain; y otras tres; Ignacia, Valentín Eusebio y José Francisco, frutos de su enlace y matrimonio con Conchesi.

En esta situación y hallándose Iztueta preso en la cárcel de Tolosa se efectuó embargo de sus bienes el 15 Septbre. 1815 «en su casa (de Iz-

tueta) existente en la calle de Bildosola, por Remigio de Furundarena, alguazil mayor del tribunal del Corregimiento... en la primera habitación de la misma casa y ocupada actualmente por sus hijos...».

He aquí todo el ajuar (pobrísimos como se verá, aunque no deseamos la idea de que Iztueta pudiera haber hecho retirar más valiosas piezas...), que se secuestró en la ocasión: «Una mesita cubierta de lienzo pintado: tres sillas de junco: seis cortinas de percal que están en la sala: un sartén, un caso y dos herradas; que aseguran los expresados hijos de Ystuerta eran los únicos que pudieron sacar después del incendio de esta ciudad».

Además prosiguiendo el secuestro «el alguazil mayor... hizo traba y ejecución de dicha casa con sus dos habitaciones y tienda... y requirió a Miquela de Gurruchaga, viuda, inquilina de dicha tienda para que desde este día las rentas que produjese dicha tienda tubiese a disposición del cavallero corregidor sin entregar a personas algunas... y asimismo requirió en la segunda habitación, a su inquilina María Escolástica de Yarza que sus rentas de dicha habitación tubiese a disposición de dicho tribunal... advirtiéndose que tanto, tienda como habitación pagaban dos reales de renta diarios y no debían rentas atrasadas...».

Tolosa 16 Mayo 1815. El promotor fiscal D. Juan Bautista de Ormazabal en cierta alegación suya declaró... «Iztueta fue uno de los testigos en la decantada información recibida por el intruso fiscal de la sanguinaria junta criminal (de San Sebastián, en 1809), el licenciado D. Luis Arocena, información por cuya resulta fueron deportados a Francia hasta quince individuos los más notables, y en la opinión del promotor fiscal tal intervención es la más vehemente presunción de la decidida adhesión al enemigo, pues Arocena para averiguar el grado de opinión patriota de aquellos individuos no se valdría de como no se valió sino de testigos cuya opinión contraria le constaba. Además influye no poco para comprobar el mismo concepto el haber sido empleado Iztueta por el gobierno intruso en el ramo de Hacienda en San Sebastián pues nadie ignora que tales empleos no se conferían sino a personas que habían dado pruebas efectivas de la adhesión al enemigo...».

Tras peripecias varias, por fin llegó el final de este proceso al pronunciar el Corregidor Sr. Macía Lleopart, el 24 Novbre. 1815 su definitiva sentencia por la que, «sirviendo de parte de pena a dicho Yztueta la prisión que ha sufrido, le condeno a dos años de destierro de la citada villa de Azepeitia y de la ciudad de San Sebastián donde actualmente reside, que podrá evitar pagando cien ducados aplicados a penas de cámara y gastos de justicia, y en las costas de esta causa...».

Sentencia que fue confirmada por la Chancillería de Valladolid el 12 de Dicbre. de 1815.

Figuran en la sumaria de la causa detalladas listas de costas que fueran a cargar las espaldas de Iztueta:

De la Chancillería de Valladolid	202 rs.
Del Tribunal del Corregimiento	2059 rs. 4 mrs.
Del escribano Mandiola	418 rs.

TOTAL 2679 rs. 4 mrs.

Por todo lo expuesto creemos haber suministrado algunos datos de interés para mejor perfilar el quehacer biográfico de Iztueta siempre escaso en datos fehacientes... Pues no dejaremos de observar, que entre otros, aún nos faltan datos seguros para conocer a fondo al Iztueta de los años 1810-1811-1812 y 1813... ¿Permaneció en San Sebastián, en plena época de la dominación napoleónica de Guipúzcoa, sin «salir al monte» como pudiera suponerse por el hilo de sus relatos, ya mencionados, que incluye en su «Condaira»? ¿Se dedicó a colaborar a favor de los franceses, siguiendo la nota de afrancesado que ganó en Azpeitia (1809...) lo cual parece darnos a entender él mismo cuando ante escribano declaró en cierta ocasión que «durante el sitio salió de la ciudad» y «que se hallaba en San Juan de Luz en la referida época del sitio»?

Lo que de todas formas creemos haber sacado en claro de todo lo que llevamos estudiando de Iztueta, es sin el menor asomo de duda, que Juan Ignacio fue un «txuri» de tomo y lomo, especialista en el dolo, el disimulo, la hipocresía y otras delicadezas semejantes... corroborando así por estudio documental la tradicional creencia que en Zaldívar subsiste hoy entre sus ancianos que aún evocan la memoria del «dantzari» y «zamargin...» «Txuri galanta ua...».

Otro problema a estudiar y resolver en lo posible es el que se nos ha presentado y planteado durante el estudio del proceso de los afrancesados de Azpeitia es el relativo a la conexión, para nosotros indubitable, que gentes de San Sebastián —o vecinos o moradores de ella al menos— (Soroa, Arocena, Bermingham, Iztueta...) mantuvieron con las autoridades militares francesas desde la plaza donostiarra a lo largo de los cinco años de la guerra, conexiones que —nos permitimos sospechar— no fueron desconocidas ni indiferentes para los provocadores del incendio y destrucción del 31 de Agosto 1813.

XVI. GIZALDIKO EUSKAL LIBURUAK. ELSO-KO SANTSO
ETA BETOLAZA DOKTORRAREN KATEKIMAK

Berri jakingarri bi, euskal liburuzale eta liburularientzako.

Betolaza da lehenengoa. Bilbotik dator berria. Berak egin zuen Kristau Ikasbidearen beste ale bat agertu da, partikular baten liburu-lekuan. Euskal liburuen ganean jakintsu den adiskide batek esan dit gaur (1976.II.10). Bere eskuetan eduki du liburutxo. Faksimil teknikaz argitaratzeko dira, denbora gutxi barru, Bilboko aldizkari batetan. Fotografiak atera dituzte horretarako. Ale bat bakarrik ezagutzen zen orain orain arte: Zabalburu sendikoen liburutegikoa. Mitxelenak argitara eman zuen BAP Aldizkari honetan (L. Michelena: «La Doctrina Cristiana de Betolaza (1596)». BAP, XI (1955) 83-90).

Eltso-ko Santsoren Katekima dugu bigarrena. Egun berean jakin dut berri hau ere, Nafarroatik datorrena. Euskal liburu eta irategintzan jakintsu datorren liburuzale gazte batengandik. Ez du ikusi bere buruz berak. Nafarroako familia zahar baten liburutegi aberats batetan gordetzen eida Eltsoren Katekimaren ale bat. Nicolás Antonio liburulariak aipatu zuen Katekima hau, eta guti ez da idatzi gai hau dela eta. Alerik ez da ezagutu, agiriz. Galdutzat eduki dugu orainartean. Erreztasun handirik ez dute ematen ugazabak liburulekua ikusteko. Baina baietza lortuko dela laister, uste dugu. Baiestatzen bada berri hau, lehenengoko mailan jartzeko berria dugu. Poztuko lirake liburuzale eta izkuntzalariek.

Besterik ez gaurkoan.

M-B. A.

MACARENA: UN TOPONIMO SEVILLANO
DE CLARISIMA RAIGAMBRE PRERROMANA

Qui nous delivrera des Grecs et des Romains

La viciosa costumbre de considerar el Latín y «lo romano» —techo de las aspiraciones filológicas de los eruditos decimonónicos connacionales—, cuando no «lo griego» o «lo fenicio», como elemento fundamental de la Toponimia hespérica —y si no «lo árabe», que esa era otra— va derrumbándose, por fortuna, bajo la piqueta, siempre despiadada con lo convencional, de la realidad. Una ley lógica —antes que filológica— aconseja buscar, en principio, la significación de los topónimos a través de los pueblos que *antes y durante más tiempo* ocuparon el punto en litigio; y mucho antes que

Griegos y Romanos —por no hablar del resto— hubo gentes que poblaron las tierras de la entonces Bética. Espigando en alguna lengua, muy posible superviviente de las desaparecidas por la invasión romana, tal vez encontremos explicación para algunos topónimos, hoy aparentemente envueltos en el velo de lo desconocido, y que tan familiares resultan a oídos sevillanos; tal por ejemplo el sitio y la puerta Macarena. Como es muy sabido, la venerada imagen de la Virgen *de la Macarena* (es decir *de la* puerta que da al sitio o al terreno conocido como *Macarena*) toma su advocación precisamente del lugar donde se venera, es decir la puerta que miraba al lugar —cuya extensión hoy sólo podemos suponer— conocido como MAKARENA. Ahora bien, ¿qué quiere expresar el topónimo *Macarena*?

Si desmembramos el término en sus más probables elementos, nos dará: MAK - ARE - ENA (o ENEA): Veamos, en su turno, el significado posible de cada uno de los elementos que componen la palabra MAKARENEA, comenzando por el último, ENA o ENEA, por ser el más conocido y además punto de conexión donde confluyen opiniones de filólogos ilustres.

Fue Meyer-Lübke (*Zur Kenntnis der vorrömischen Ortsnamen der iberischen Halbinsel*, 1925), el primero en fijar la atención sobre este sufijo. Coleccionó unas docenas de topónimos peninsulares terminados en *ena* y *en*, suponiendo —entre otras hipótesis— la existencia de un sufijo *eno* en las lenguas prerromanas, correspondiente galo del Latín *inus*; como difícilmente podía admitirse esta hipótesis para *en*, sugirió la posibilidad de la proveniencia del sufijo *en* del elemento vasco (o por lo menos conservado en el vasco) *ain*, terminación fácil de comprobar, como en *Beasain*, *Andoain*, *Zalacain*, *Beristain*, *Zubiarrain*.

En cuanto a los nombres a los que se aplica el sufijo *en*, *ena*, *enea*, Menéndez Pidal opina su adscripción mayoritaria a nombres personales o designaciones de villas o fundos (*El sufijo «en», su difusión en la Onomástica hispana*, «Emérita», VIII, 1940, págs. 1-36). Ya veremos que no siempre será, probablemente, así, pues según esta regla no explicaremos nunca topónimos como *Orcoyen* (Navarra), *Oroyen* (Navarra) o *Picasent* (Valencia), por no existir patronímico verosímil que los explique; lo que sí parece, en cambio, verosímil, es la adscripción del sufijo *en*, *ene*, *enea* a determinación de lugar, de tal manera que la descripción del *topos* discutido vendrá facilitada por la interpretación de los dos primeros elementos en que ha sido analizado; veamos entonces sus posibles significados: *Makatz*, en euskera actual, quiere decir árbol, frutal silvestre, *Makatz-Makila* vale por «palo nudoso», o «rama», significando también *Makatz* la mella que se hace en un instrumento de madera para encajar mejor la mano; desde aquí podemos interpretar, al

paso, la palabra MAKANA, perfectamente identificada en el Poema del Cid con el significado de «empuñadura de la espada». *Makana* sería pues igual a «lo hecho de palo», «de rama», la mella o curvadura que permite empuñar el arma con más comodidad (1). Por supuesto que el término no tiene por qué referirse en exclusiva a las espadas de la época cidiana ni haber sido acuñado en ella, sino a las armas prehistóricas ibéricas, cuya empuñadura y pomo pudo ser perfectamente de una madera especialmente calificada para tal función. Ahora comprendemos mejor el sentido del verbo «makanear» (apresuradamente identificado como americanismo), que no es sino golpear a alguien despectivamente con la *makana*, lo cual no resulta mortal pero sí humillante. Evidentemente se «makanea» a un inferior a quien sólo se quiere menospreciar o zaherir, no a un igual a quien se pretende herir o matar. Si sabemos, por Azkue, que *Makal*, es el Chopo, o el Alamo (árboles de orillas de río, no se olvide) podemos, tal vez, inferir que la *Makana* se fabricaba, preferentemente, de la madera de tales árboles por cualquier cualidad especial —modelabilidad, etc.— que no hace al caso (2).

Nos queda entonces por analizar el segundo elemento, que puede ser *ARE*, *ARETS*, *AREI*, etc.; veamos el significado —interrelacionado alguna vez— de cada uno de los anteriores elementos y sus derivados; así, *ARE* *arena*, palabra por cierto también prerromana, y perfectamente conservada en el castellano actual; *AREI* = arena; *ARENTZA* = el arenal (en Bilbao así se llamaba todavía en el pasado siglo al paseo cabe el Nervión y también *Aretza* y *Aretza*); *ARETA* (Aro-eta) = el arenal, y también planicie corta, suave, paraje que corresponde perfectamente a la orilla del río.

(1) Piénsese en la coactualidad de apellidos como MAKANAZ, MAKAZAGA, MAKAYA, MAKAZURIAGA, y en la existencia de pueblos o lugares como MAKARELLA (Valencia), MACASTRE (Valencia), MAKAL (Pontevedra), MAKADIN (Pontevedra) y MAKAEILLA (Almería). Por otra parte si consideramos la posible decadencia del sonido «KA» en el más suave «GA» (fenómeno de percepción corriente y normalmente constatable en tantas lenguas, y en el euskera también) tenemos: MAGACELA (Badajoz), MAGADAN (Oviedo), MAGALLAN (Pontevedra), MAGALLON (Zaragoza), MAGAN (Toledo), MAGARIN (Oviedo), MAGARIÑOS (Pontevedra), MAGAZ (León), MAGAZOS (Ávila), etc. Más tantos nombres de alquerías y caseríos como puede pensarse en proporción al de pueblos con entidad suficiente para figurar en Enciclopedias y Diccionarios. Ahora queda clara la interpretación de MAKEDA (en Toledo) como «sitio de álamos» (MAKEDA) y MAKUTO: el palo o rama con que se portaba el lío o atadizo de ropa.

(2) Resulta curiosa la expresión «Macareno» utilizada por los entendidos para referirse a un toro de lidia con «mucha leña» en las defensas; no deja de ser una reminiscencia sorprendente. Como sorprendente resulta la pervivencia actual de MAKADA o MAKA-HADA = Majada, empalizada (troncos o ramas de árboles, uno junto a otro) para guardar el ganado. Vocablo que, indiscriminadamente, se hacía derivar del latín *maculata*. Y sorprendente la existencia del cerro Makareno.

Desde otro plano tenemos también el término *ARETS*, que significa árbol silvestre en general y *ARETSZUI* = el sitio poblado de árboles silvestres (en general) y de robles en particular. Un tercer bloque de significados lo obtendríamos a partir de *AREAN* = «nadie» o «de nadie». A través de estos significados una «traducción» provisional de *MAKATS* - *ARETS* - *ENEA* nos dará:

—*MAKATS* = El (o los) chopos, álamos.

—*ARE* = El arenal (o sea la orilla del río de la parte de la puerta de la Makarena, es decir, la margen izquierda, arenosa, como es sabido, desde allí por lo menos hasta la Torre del Oro: «El arenal de Sevilla».

—*ENA-ENEA* = «El sitio de» o «propio de» (3).

Es decir: «El arenal (o la explanada, la orilla llana) donde crecen árboles (se supone característicamente); en suma «la Alameda», tal vez los famosos «álamos de Sevilla» a que alude todavía la tan conocida canción tardío-medieval. Ahora bien, si elegimos como elemento significante *Arean* = nadie, *MAKATS* - *AREAN* - *ENA* sería: «El sitio de álamos que no son de nadie», es decir el bosque comunal o cosa por el estilo: significado improbable pero no imposible, y más conociendo la fuerte tradición colectivista de los pueblos ibéricos constatable hasta la malhadada Desamortización. Si, por último, tomamos *Arets*, *Aretszuni* como árbol y arboleda —en cuanto reduplicativo del sentido general del topónimo— nos volvería a dar el sentido de «el terreno espesamente cubierto de álamos (o chopos) y maleza». En cualquier caso, como vemos, desde esta interpretación no es necesario disponer de ningún imaginario *MAKARIUS*, dueño del fundo —personaje tan hipotético como el *CALLICLES* platónico—, para dar nombre a la puerta de *MAKARENA*, es decir a la puerta «que mira a» Makarena (como la de Carmona es la que «mira a» Carmona, la de Triana «a» Triana, etc.), es decir, a la arboleda, al sitio de los álamos, «de los álamos de Sevilla».

MANUEL F. ESCALANTE

*Catedrático de Derecho Natural y Filosofía del Derecho
de la Universidad de Sevilla*

(3) Ambos sufijos coexisten hoy, perfectamente, en Euskera: *Damborena-Damborenea*; *Gamborena-Gamborenea*. También debe pensarse en la probabilidad —aunque remota— de *majar* como producto de *Makanear* o, por síncope, *Makear-Makar-Mahar*, antes que del latín *malleare*. *Majar* indica, precisamente, golpear con un palo para ablandar un objeto. En catalán, *majo-maja*, se dice *maku-maka*. Existe un *Makes* (Coruña), y un río *Makianes* en Orense. Son datos todos a considerar.

MANARIKO OTXOA KAPANAGAKOARI BURUZ
BESTE BERRI BAT

Durangoko Jose Mari Larrakoetxeagandik arturikoak ziren, Kapanagari buruz askenengoz eman nituen berriak aldizkari honetan (ikus. BAP, XXIX (1973) 373-375).

Durangoko kondaira-gaietan jakintsu den Larrakoetxea adiskideari esker dakart orain ere, Otxoa Kapanagakoari buruz beste berri bat. On Jose Etxeandiaren hilobiratze egunean ikusi genuen elkar Ibarrangeluan Larrakoetxea eta biok. Orduan esan zidan berak, nola aurkitu duen Kapanaga eta bere denborako giroaz ohar bat Durangoko artxibuan. Bidaltzeko ijeki bat, eskatu nion, eta eskutitzez berriro egun batzuk direla. Eskutitz batekin bidaltzen dit eskatutakoa. Biek ematen ditut ohar honetan, eskutitzean ere jakingarri batzuk agertzen direlako, gaiaren giroaren aldetik, eta abar.

[1]

«Durango 5 de Marzo de 1976.

Sr. D. Nicolás de Alzola Guerediaga

Bilbao.

Estimado amigo: Recibí la tuya del 29 del pasado febrero y cumplimentando tus deseos, te envío el texto original sobre Ochoa de Capanaga que aparece en el Libro de Decretos n.º 8, folio 201 existente en el Archivo municipal. La expresión «hiciera la comedia» no aclara si efectivamente Capanaga fuera un «comediógrafo» que es lo que nos hubiera interesado y mejor en vascuence, o el encargado de la representación de la comedia. Poseo, sacados de los Libros de Decretos, cantidad de datos referentes a representaciones teatrales que con motivo sobre todo del Corpus se celebraban en Durango, durante siglos, generalmente bajo el Pórtico de Santa María, donde se hallaba enclavado el Cementerio, hasta el año 1818. Los intérpretes eran los vecinos del pueblo, estudiantes, y muchas veces los sacerdotes beneficiados de las Parroquias de la Villa, previa autorización del Obispo de Calahorra, quien alguna vez anatemizó por haber celebrado y representado comedias y Autos Sacramentales sin su autorización. Ello demuestra que el pueblo de Durango ha sido de superior cultura a la que nos podemos suponer. También venían compañías de comedias de otros lugares de España. Hay una María Garcilaso de la Vega que con su compañía actuó en Durango durante tres días. Hasta otra ocasión un abrazo de tu amigo J. M. de Larracochea».

[2]

«*SESION del Regimiento de 24 de Abril de 1643.*

LIBRO de Decretos n.º 8. Folio 201 y vuelto.

Propusieron los dichos Sres. Síndicos que en esta Villa se había acostumbrado hacer fiesta al Santísimo Sacramento y asimismo, se acostumbraban correr toros, el siguiente día de la Magdalena y el de Señora Santa Ana y el de Ntra. Sra. de Agosto, y así sus Mercedes determinaran si este año se habían de hacer». «Los dichos Sres. Justicia y Regimiento y personas diputadas decretaron y mandaron que se hagan danzas, comedias y Autos Sacramentales, el día y el siguiente del Corpus Cristi y en ello se gaste lo necesario, según costumbre en esta Villa».

... ..

«Prosiguieron los dichos Síndicos que para que vayan en aumento la devoción que se tiene en la Cofradía de la Vera Cruz, a 14 de Septiembre según y como otras veces se debía hacer fiesta, y luego, Pedro Sanchez de Unda, Mayordomo de dicha Cofradía, dijo que el Licenciado Capanaga, presbítero, gramático, pretendía hacer fiesta para el dicho día de Santa Cruz de Septiembre. Con que para las tramoyas u otros ornatos necesarios se le diese alguna cosa y que así sus Mercedes determinaran sobre lo que más convenía».

«Los dichos Sres. Justicia y Regimiento y personas diputadas decretaron, habiendo tratado sobre ellos, decretaron y mandaron que a la dicha fiesta, como otras veces se habían hecho, se hicieran danzas y el dicho Licenciado Capanaga hiciera la comedia y para ello, se gastase lo necesario por cuenta de esta Villa y de sus propios y rentas».

Kapanaga abadearen gainean, geroago eta gehiago dakigu, astiro astiro. Alde berriek zabaltzen ditu Larrakoetxeak aurkitu duen oharrek, Mañariko gizon hau geiago ezagutzeko. Jakingarri egiten zaigu benetan bere bizitza, eta geroago eta gehiago egin ere.

M-B. A.

PEDRO BARDECI, AVENTURERO VASCO EN CHILE,
CAMINO DE LOS ALTARES

Hace 275 años (12 septiembre 1700) fallecía en Chile un orduñés, tras una vida de aventuras. La Jerarquía eclesiástica chilena lleva con interés la continuación de las gestiones que sus antecesores verificaron en Roma para la elevación a los altares de Fray Pedro Bardeci. Las noticias de los encargados de su Causa son optimistas, y quizás nos llegue muy pronto la noticia de su beatificación. Bardeci es como un personaje de leyenda, por las varias vicisitudes de su existencia, pródiga en escenarios y profesiones.

Emigrante en América.

América, bajo el apelativo de «Jauja» o «Eldorado» era la solución para los vascos ambiciosos que no querían pudrir sus huesos en los pobrísimos caseríos vascos de hace tres siglos. La configuración de sus escoradas tierras, el alejamiento de los núcleos de población, la precariedad de sus vías de comunicación, la elementalidad de su comercio, impulsaban a la búsqueda de nuevos horizontes. Tras los «conquistadores» seguía la estela de los aventureros.

Pedro Bardeci Izarra nació en Orduña el 6 de abril de 1641. Hacia los 20 años, embarca a Nueva España con dos de sus cuatro hermanos, Francisco y José, militares. Ellos marcharán pronto a Chile, Pedro a Méjico.

Desea medrar rápidamente; para lograrlo irá cambiando de profesiones y ensayando sus humanas posibilidades: forma sociedad con un mercader para la explotación de cereales; por su cuenta y riesgo abre y regenta un negocio de rapé y tabaco; se lanza a la aventura del mar, en un buque mercante, en plan de administrador o mayordomo, cargo que abandona por no herir la ley ni administrar una dura justicia a un desgraciado; más tarde se traslada a Bolivia para una explotación minera en Potosí (entonces ciudad del Perú), como ensayador de metales; finaliza por ser el preceptor de dos de los hijos del propietario de la mina don Francisco Esquivel. Abandona Perú y se traslada a Chile, a su puerto de Talcahuano, para arribar a Concepción donde se deja acompañar por dos franciscanos a Santiago.

Y terminan sus aventuras y sus oficios en vestir la estameña del pobre Francisco de Asís en el convento de la Recolectión, donde se veneraba la imagen de la Virgen de la Cabeza, de honda repercusión en la piedad chilena. Vistió el hábito pardo el 7 de septiembre de 1667, a los 26.

Hermano franciscano.

Comienza su nueva singladura, de unas aventuras interiores, más difíciles de precisar porque sus hitos son inadmisibles a los sentidos.

Fue enfermero, portero de la Comunidad, sacristán y ecónomo; particularmente limosnero, tarea ardua, ya que había de vencer la resistencia interior a la mendicación quien había vivido desahogadamente de sus rentas y jamás se vio en la precisión de limosnear. Su talante bondadoso y humilde, tras el que se revelaba su recia personalidad, fue la predicación del testimonio de desprendimiento de todo lo terreno. La tarea de sacristán le permitía desembarazarse del ambiente humano y gustar la sensación de la viva presencia divina en los ornamentos, en los utensilios sagrados, al tiempo que convivía con el Señor en el Sagrario mientras atendía a la limpieza; entonces aparecía como abstraído y transfigurado.

Sus compañeros testificaron que se le aparecía la Virgen y que se notaba el diálogo entre Madre e hijo. Le vieron levantarse a considerable altura en sus numerosos éxtasis.

Pero su poder se manifestó en las atenciones a enfermos y desamparados, que acudían a la portería conventual. Curaba sus corazones llenos de ira, sus espíritus ciegos de pecado y de infidelidad. Y hasta sabía pasar su lengua por las más repugnantes heridas y curarlas. Su fama conquistaba chozas y palacios: curioso el hecho de que don Tomás Marín de Poveda, Presidente de la Audiencia de Chile manifestara su deseo de que el humilde Fray Pedro Bardsi fuera padrino de bautismo de su primera hija, honor que rehusó por inmerecido.

Quiso remedar la impresionante pobreza de su Fundador: elegía para sí los hábitos que otros religiosos habían desechado por deteriorados, y usaba las sandalias más miserables, a veces más dañinas que defensoras. Una sola comida al día, a base de pan mojado en agua sin aliño alguno.

Más que un orante, era una oración ambulante: se le notaba inmerso en su diálogo silencioso y eficaz con Dios. En todo momento, aun en sus tareas más variadas. Dicen los testimonios de quienes le conocieron que atravesaba la alocada corriente del río Mapocho como si el lecho estuviera seco; que le respetaban los animales dañinos; que le escuchaban los pájaros y le obedecían; que hizo besar la fumbria de su hábito a un feroz toro desbandado; que predijo la muerte o diversos acontecimientos a varias personas; que convenció a otras a que abandonasen lazos peligrosos; que

avisó a su hermano Francisco del fallecimiento de su madre (todos los familiares le afirmaron que Fray Pedro estaba en Orduña a la hora de la muerte, y todos sabían que no se había movido de su convento); que un mes antes anunció a su director espiritual la fecha de su propia muerte.

A su Provincial P. Domingo Flores le solicitaba que sus restos sean enterrados a los pies de Nuestra Señora de la Cabeza. Su cadáver despedía gratísimo olor. La colonia vizcaína le obsequió con un precioso féretro para su cuerpo santificado. El pueblo deshizo su hábito para guardar sus fragmentos como reliquias. El Obispo presidió las solemnes honras fúnebres, las más solemnes que conociera Santiago de Chile. Sus numerosos milagros están autenticados por personas dignas del mayor crédito.

En 1724 comienzan los preparativos para su Proceso de beatificación. La Real Audiencia de Chile (1/4/1726) solicitaba de Felipe V recomendase el asunto a la Santa Sede, cumpliendo el Monarca la recomendación. Tras interrupciones diversas, el 27 de marzo de 1912 se acordó la validez de los Procesos ordinario y apostólico.

Hay un ambiente de optimismo en la elevación a los altares de este humildísimo hermano lego franciscano, nacido en Orduña (Vizcaya).

P. A.

MONSEÑOR BUENAVENTURA LEON URIARTE,
FRANCISCANO, OBISPO DE LA SELVA DE PERU (1891-1970)

Vasco integral.

Alto y ancho, como un levantador de piedras, sonriente con unos ojos al par infantiles y pícaros, tan antípoda del refinamiento como cuando salió muy niño de su Ceánuri natal, cariñoso y modesto como un nuevo Francisco de Asís, alborotador con sus voces y sus carcajadas, ha sido el más humilde de los mortales que he conocido fungiendo de Obispo. Claro que tenía sus ráfagas de malhumor, pero eran superficiales y rápidas, que no sólo no dejaban en su espíritu resquemor alguno sino mayor acercamiento y más sincero aprecio hacia el supuesto adversario.

Le acompañé en numerosas ocasiones en sus desplazamientos de España. A todos impresionaba su campechanía, su falta de protocolo tanto en el tratamiento a los demás que en el que se le diera, su naturalidad que le provocaba la risa ante las exageraciones con que en ocasiones era

recibido por su rango de Prelado. Parecía un hombre tallado en la selva del Ucayali, uno de tantos «cholitos» como yo le llamaba en broma y que él recibía como un elogio, por el amor que dispensaba a sus marginados indios. El humor y el apetito se maridaban en su respetable humanidad con el fervor y el coraje en el apostolado. Rostro amplio, de color sanísimo, ojos brillantes, paso aldeano, gestos naturales sin la mínima afectación: todo en él era tan espontáneo como lo era el celo que le arrojó a las selvas en las tareas más dificultosas.

Sólo el exterior era rústico. Su espíritu era delicado, sincero sin sombra de disimulo, blando ante la miseria ajena, agradecido a cuanto por él se hiciera, inclinado a la cultura.

Itinerario brillante.

Nació el 28 de enero de 1891 en Ceánuri (Vizcaya). A los 15 años ingresa como aspirante en la Orden Franciscana en Perú, en los llamados Descalzos de Lima, donde profesa a los 16 años. Su carrera eclesiástica tiene como escenario Ocopa (Perú) y Cajamarca, siendo uno de los alumnos destacados. Sacerdote el 15 de abril de 1917, profesor de Ciencias Naturales en Arequipa y Lima. Primer Rector del Colegio de Charcas (Bolivia) en 1919. Profesor de Teología, Hebreo y Sda. Escritura en Arequipa en 1921. Superior de Arequipa en 1924. En 1918 había sido elegido Superior Provincial de los Franciscanos de la Provincia Franciscana de San Franciscano Solano, de Perú, reelegido el 1931, reelegido nuevamente en 1937. Y Visitador de los Franciscanos de Ecuador (1934) y Argentina (1939).

Pero su ideal era la selva, los indios extendidos y dispersados a lo largo del Ucayali, un río ancho como el mar, y en selvas impenetradas, con enormes distancias sin vida humana: solamente, por la labor heroica de los misioneros franciscanos, habían logrado crear unos centros de población, para los que habían arrancado a paladas a la selva unas cintas de comunicación.

Consiguió su propósito, mas no como mero misionero, sino como Obispo titular de Madaura y Vicario Apostólico del Ucayali, el 10 de julio de 1940, siendo consagrado el 4 de octubre de 1940.

Lo más prodigioso de este Pastor es su anhelo por conocer todos los más recónditos rincones del Vicariato y la situación de sus habitantes. Ni la aspereza de los senderos, ni las traicioneras corrientes de los ríos, ni las volubles inclemencias del clima tropical, ni las mordeduras y picaduras venenosas

de serpientes y cínifes le impedirán recorrer los 200.000 kilómetros cuadrados de su jurisdicción. A pie, en mulo, en frágil canoa, a nado, como fuera, con tal de llegar a la cita con los indios. Crea estaciones religiosas, coloca estratégicamente a sus misioneros, organiza residencias estables: cumple con ese lema paulino que le sirve de divisa: «Me he hecho todo para todos, a fin de ganarlos para Cristo».

Sus internadas apostólicas en los inmensos e inexplorados territorios del Ucayali le ganan la admiración de las autoridades de la Nación que, en 1944, le comisionan oficialmente para el estudio de la situación social, humana y religiosa de la recóndita región del Purús; el detallado Informe que redacta tras el diligente viaje de estudio es un auténtico descubrimiento geográfico, etnográfico, social, humano y religioso de unos ciudadanos sin carta de tal, que ni siquiera figuraban en el censo por desconocidos.

Le parece poco cuanto se verifique en favor de los indios de su Vicariato. Como por arte de encantamiento y merced a sus incansables gestiones, van surgiendo escuelas (invita a sus misioneros a que consigan el título del Magisterio para culturizar a sus alejados ranchitos), dispensarios fijos y ambulantes, internados, talleres de artes y oficios, caminos de herradura para la intercomunicación con las zonas más inexploradas, hasta pequeños campos de aterrizaje para avionetas (que son la forma más fácil y efectiva de desplazamiento). Es santamente terco y no se apea de sus benéficos planes por mucho que las circunstancias y los hombres se empeñen en derribar su optimismo.

Su Vicariato de Ucayali es fabulosamente extenso para un solo Pastor: tras 16 años de su fecundación, la Santa Sede la desmembra en tres Vicariatos, quedando de Pastor en el de San Ramón, que cuenta con 70.000 kilómetros cuadrados (una octava parte de todo el territorio español). La prodigiosa labor del P. Uriarte se comprende con solo recordar que, en 30 años de Obispo misionero, recorrió en Visita Pastoral por once veces el territorio de los 200.000 kilómetros cuadrados y ocho veces los 70.000 kilómetros cuadrados de su último territorio pastoral. Su visita a los centros misioneros no es de sola inspección, ya que aprovecha la oportunidad para catequizar a pequeños y grandes, predicar a los misioneros y misioneras, dirigir Ejercicios y retiros a los ya culturizados de su Misión. Ha creado la iglesia catedral de San Ramón, dotándola de un órgano llevado de España. Su Vicario Delegado y Secretario, el bermeano Padre Dionisio Ortiz, manifestaba que algún día llegó a pronunciar hasta veinte diversas pláticas y exhortaciones.

Misionero de fecunda laboriosidad y amplísima visión social. Destaca el

organigrama realizado sobre su Vicariato en el orden sanitario: todas las Residencias sanitarias cuentan con enfermeras diplomadas que ejercen gratuitamente su labor. En un mundo tan cerrado a la instrucción, sus principales esfuerzos se dirigen a la creación de centros culturales, que supone han de ser la base imprescindible para una auténtica labor evangelizadora, en el sentido más pleno y honroso del vocablo. Pidiendo como un mendigo, ha logrado reclutar 72 Misioneras de seis Institutos femeninos que se extienden por toda su geografía, creando centros de instrucción primaria, escuelas de enseñanza media, talleres profesionales, centros de corte y confección, escuelas agrícolas. Las va repartiendo en los parajes más alejados y estratégicos, a fin de que su influencia pueda penetrar a todos los núcleos de población, por muy insignificantes que parezcan a la estimación popular. Es un verdadero gigante de la civilización, al que no escapan los diversos matices de las necesidades humanas, que trata de solucionar con una tenacidad extraordinaria.

Culto teólogo y fecundo escritor

Monseñor Buenaventura León Uriarte ha puesto su nombre a actuaciones notables en el campo de la Teología, en los Congresos Eucarísticos Nacionales de Arequipa (1940), Trujillo (1943) Cuzco (1949), Huancayo (1952), Arquidiócesano de Arequipa (1948). Y en los Internacionales de Cali (Colombia, 1949), Barcelona (España, 1952), Río Janeiro (Brasil, 1955), Caracas (Venezuela, 1956). Igualmente destacó su participación en los Congresos Marianos de Buenos Aires (1948), Roma (1950) como Presidente de la Sección Sudamericana, y de Lourdes (Francia, 1958).

Su labor orientadora pastoral, mediante escritos a sus diocesanos fue persistente: sabía llegar a la sencillez de sus oyentes comprendiendo el valor de las palabras del Pastor de sus almas. Escribió artículos en la prensa religiosa de su País, sobre todo crónicas de sus viajes y verificaciones en el interior de la selva. Digno de publicación es su largo y minucioso Informe sobre la Etnografía de las Misiones de Ucayali, labor de investigador de primera mano, que envió a Roma con motivo de la Exposición Vaticana Internacional de Misiones. También fruto de su investigación personal es el discurso histórico sobre las Misiones que pronunció en Iquitos, con motivo del cuarto centenario del descubrimiento del Amazonas. Además dejó oír su voz, siempre impregnada de experiencia pastoral y de celo de las almas, en las tres Sesiones del Concilio Vaticano, según consta en sus Actas oficiales.

No sólo en todo el Perú, sino también en las naciones sudamericanas

llamó poderosamente la atención su polémica escrita con el llamado Instituto Lingüístico de Yarinacocha (Pucallpa) que, so capa de mera cultura, trataba de desprestigiar la obra de los misioneros en el Perú. Su valiente desenmascaramiento en una famosísima Pastoral fue refrendada por todos los Prelados de Perú, que hicieron suyos los argumentos y el celo del bondadoso y justiciero Padre Buenaventura León, que sabía conjugar oportunamente el contenido de sus dos nombres.

Tanto España, su patria, como Perú, su patria de adopción que tanto exaltó y a la que dedicó su larga y cautivadora existencia, le honraron dignamente y supieron aplaudir y pagar sus valiosas iniciativas, concediéndole los honoríficos títulos de la Encomienda de Isabel la Católica y venera de Misionero Benemérito, la primera; con la Orden al Mérito en el Grado de Gran Oficial el Gobierno de Perú.

Le ví con sus facultades de gigante ya en declive, mordido por mil achaques, consecuencia de su intrépida vida en la selva. En su escenario de apotolado fallecía el 19 de enero de 1970. En sus honras fúnebres, quien fue su Vicario y Secretario, Padre Ortiz patentizaba: «Una sencillez infantil, una generosidad que manifestaba él ningún apego a las cosas de la tierra y que todo lo quería para sus queridas Misiones. Una piedad acendrada que lo pasaba la mayor parte de sus viajes rezando y dedicado a la oración. Su amor ardiente y acendrado a la Virgen María; propagandista incansable de las glorias y triunfos de la Madre de Dios. De una inteligencia poderosa: hasta sus últimos años era un tipo muy leído, dedicándose hasta altas horas de la noche al estudio y lectura; de ahí esa capacidad mental, su sabiduría portentosa, una asimilación intelectual admirable, que dejaba prendados a todos los que tenían la suerte de escucharle. Su fortaleza heroica que nada le arredraba ni atemorizaba».

Nuestra prensa nacional ignoró su vida y su desaparición. ¡Había sido un apóstol demasiado lejano y demasiado modesto! La capital de su Vicariato arrebató sus restos mortales para que descansaran en la misma catedral que había sido edificada por su primer Obispo misionero. En San Ramón aguarda la Resurrección el valeroso explorador de Dios, que abrió caminos nuevos a la civilización, a la promoción de los peruanos y al establecimiento del Reino de Dios en sus espíritus.

Aránzazu, abril 1976

Fr. PEDRO DE ANASAGASTI

ELCORO PUJANA
SACRISTAN DE LA TUMBA DE JESUS (1884-1975)

En el mundo cristiano existe un lugar sacratísimo: el de la tumba de Jesús en el monte Calvario o Gólgota. Durante 30 años este lugar veneradísimo por todo cristiano ha sido cuidado con exquisito mimo por un humilde franciscano de Ochandiano (Vizcaya) que el 1 de noviembre de 1975 fallecía en la enfermería del convento de San Salvador, de Jerusalén.

Nuestro lugar de encuentro era la terraza de San Salvador, donde estaba situada la enfermería franciscana. La situación era envidiable: bajo nosotros, casi tocándola con las manos, toda la ciudad antigua de Jerusalén, escenario de la vida y muerte de Jesús. Asoman las torres de las iglesias cristianas y los minaretes de la mezquitas. Al otro lado de las murallas, el monte Olivete con el Huerto de Getsemaní a la izquierda y la cima de la Ascensión en el centro. Y, entre la maraña de terrazas y torres, la amplísima cúpula del Santo Sepulcro.

Era el año 1968. Acudía puntual Fray Angel Elcoro Pujana, retirado ya en la enfermería. Con sus 84 años era recio aunque pequeño de estatura, vivaracho de ojos saltones y brillantes aunque ocultos tras la concha de unas gafas pasadas de moda. Unas barbas patriarcales descendían en cascada sobre su capucha. Hablaba pausadamente, con una pasión represada, impulsado por una memoria prodigiosa que era un archivo histórico envidiable. Meticoloso narrador, no saltaba las etapas ni se apresuraba a dar el golpe final. Le gustaba hablar de su País Vasco (que había abandonado en 1898 y al que había vuelto tan sólo en ocasión de breves vacaciones), pero su pasión soterrada era Jerusalén.

Naciera el 18 de enero de 1884 y se le bautizó con el nombre de Pedro (que cambió en religión por el de Fray Angel) de padres llamados León y Bonifacia. En 1898, con otros 28 aspirantes a la Orden franciscana llega a Perú, concretamente a Arequipa. Profesa el año 1900. Estudia la Filosofía. Y pasa a ser Hermano. En 1920 le hallamos en Anguciana (Logroño) donde la Provincia de San Francisco Solano posee un seminario menor. Y en 1929 arriba a Tierra Santa, su sueño de siempre.

Su destino es el Monte Calvario. La Basílica del Santo Sepulcro es un auténtico laberinto de capillas, monumentos y conventos. Dentro de su enorme e irregular mole, habitan los franciscanos (que representan a los católicos), los Armenios y Griegos, responsables del culto continuo de la Basílica, con la menor intervención de Coptos y Sirios: la historia de las relaciones entre tales confesiones cristianas ha sido demasiado apasionada y hasta

turbulenta en épocas, por la defensa de los derechos particulares de cada confesión, hasta extremos de luchar por unos centímetros de colocación de lámparas y búcaros de flores, o de unos segundos de minuto en la prolongación de las respectivas funciones, minuciosamente reglamentadas.

Fray Angel Elcoro fue emocionado testigo de los fervores y de las luchas intestinas en torno al Sepulcro del Señor. A su llegada a la Ciudad Santa fue destinado al Santo Sepulcro y allí permaneció por espacio de treinta años, como sacristán, cargo importantísimo por la delicadeza y el tino exigidos en las relaciones con las autoridades y peregrinos y con los representantes de las diversas confesiones cristianas.

Fray Angel me enseñaba, como en secreto, las páginas de su «Diario» personal. Ordenado, detallista, curioso observador, pasaba a su diario todo cuanto pudiera tener importancia en torno al sepulcro del Señor: las funciones diversas ordinarias y extraordinarias, los adornos y ornamentos, las visitas de las personalidades, los hechos inesperados... toda la historia menuda de la tumba del Señor.

Los Franciscanos habitan en el recinto inmenso, en un conventillo situado en una de sus alas, conventillo incomodísimo a la vera de la inmensa cúpula, pero que no se podía abandonar so pena de perder los derechos al culto en la Basílica. Dentro del recinto poseen su propia iglesia, dedicada al misterio de la aparición de Jesús resucitado a su Madre, y en esta capilla celebran día y noche su liturgia; mas también poseen derecho a celebrar su liturgia tanto en el altar de la Crucifixión como en la tumba de Cristo, que son otras tantas capillas bajo la gigantesca cúpula.

En la capilla del Sepulcro mismo del Señor celebran diariamente los cultos los Griegos (a partir de la media noche, en el vestíbulo donde apareció el Angel a los Apóstoles); los Armenios, a continuación, dentro del estrecho recinto del Sepulcro. Los católicos —los franciscanos— a partir de las cuatro hasta las siete de la mañana, hora en que comienza la Misa solemne. Nuestro fray Angel cuidaba del Santo Sepulcro, primero en plan de segundo sacristán: de 1940 a 1960 como primer sacristán. Aparte de haber vivido como protagonista los diversos momentos, las más variadas vicisitudes y las diferencias y acercamientos, Fray Angel ha sido el cronista detallado de lo que un día muy cercano se estimará por la minuciosidad y el detallismo que permitirán escribir una historia serena del culto en la tumba del Señor. Porque Elcoro no se limita a detalles superficiales sino que apunta todo cuanto pueda ser luminosa guía, tanto en las vicisitudes de las demás confesiones como cuanto respecta a visitas, peregrinaciones, llegada de auto-

ridades, controles de los Gobiernos, etc. He aquí a este modesto Hermano lego franciscano vizcaíno convertido en protagonista y actuante del más venerado santuario cristiano de la humanidad: el que conservó durante tres días el cuerpo de Cristo y fue testigo de su Resurrección gloriosa.

La vida durísima de la Comunión franciscana del Santo Sepulcro enfermó a Fray Angel. En 1960 le destinan a la Comunidad de Getsemaní, a la vera del Huerto de los Olivos; se encargará del cuidado de la Gruta, donde Cristo se reunía frecuentemente con sus discípulos, y a donde acudió Judas a buscarle para entregarle a sus enemigos. La Gruta es larga (17 metros) con 9 de ancho y 3,50 de altura; está abierta al culto y se celebra la Misa diariamente en ella.

A partir de 1965, con 81 años sobre sus fatigadas espaldas, Fray Angel Elcoro ingresa en la enfermería sita en el convento de El Salvador. Honran su funeral el Procurador General de Tierra Santa, P. Basilio del Río; el Patriarca Latino de Jerusalén, Mons. Beltriti, y el Cónsul de España, Conde de Campo Rey. Y docenas de religiosas de varias Comunidades de Tierra Santa. Merecido homenaje de fervor a una menuda y gigante figura de misionero vasco en la tierra de Jesús.

Abril 1976
P. A.

MEMORIA DESCRIPTIVA Y PROYECTO DE RESTAURACION
DEL SANTUARIO DE LA ANTIGUA. — ZUMARRAGA

Emplazamiento

El Santuario de la Antigua se halla situado en la jurisdicción de la Villa de Zumárraga. Desde su emplazamiento en las estribaciones del Monte Beloqui, próximo a la Villa, se domina el magnífico paisaje circundante que constituye uno de los más bellos miradores del Goyerrí. Se divisan varios pueblos y términos municipales: Zumárraga, Villarreal de Urrechua, Legazpia, Ormaiztegui, Ezquioga, así como las altas cumbres del Chindoqui, Aralar, Aitzgorri, sierras y montañas que limitan y cierran el anfiteatro en cuyo centro se halla el Santuario de la Antigua, al que por su originalidad y belleza se le considera como la catedral de las Ermitas Vascas.

Su acceso actualmente es fácil y cómodo, ya que existe una carretera de 2.000 m. de longitud, construida hace pocos años que la une con la Villa de Zumárraga.

Datos históricos del Santuario

No se encuentran datos concretos ni de la época de la fundación del mismo, ni de las personas o entidades que intervinieron en la misma, pero se supone que existe desde hace tiempo, como lo corrobora su denominación «la Antigua»; no hay duda de que fue la primitiva Iglesia de Zumárraga y quizás de los pueblos que la rodean.

Enrique II de Castilla concedió el patronato de esta Iglesia a Francisco Gómez de Lazcano. Se sabe que se realizan obras a finales del Siglo XV y principios del Siglo XVI; en el ventanal del ábside se fecha en 1480. Existe un documento de 1575 en el que se habla de la traslación de la Parroquia que en ella existía a un solar situado en el recinto del casco de la Villa de Zumárraga. Se aducía, como motivo de ella, su mayor comodidad para los habitantes de la Villa que así no tenían que trasladarse fuera de ella recorriendo el empinado camino de 2.000 m. que les separaba del emplazamiento de la primitiva parroquia de «La Antigua». A este acuerdo se opuso un miembro del Patronato Rectoral llamado don Felipe Lazcano y en este documento figura con el nombre de Santa María de la Asunción, Iglesia vinculada al Patronato de Marqués de Valmediano de Lazcano, Duque del Infantado.

El traslado, llevando la Parroquia al casco urbano, en el año 1575, motiva que al abandonar la Iglesia de la Antigua como edificio parroquial éste no sufra grandes alteraciones en sus fábricas primitivas que llegan casi intactas —aunque algunas ocultas— a nuestros días en sus partes estructurales más importantes. En la estructura de madera de su cubierta sus tirantes, pies derechos, tornapuntas, jabalcones y ménsulas; casi todos ellos, conservan sus extraordinarias y numerosas labras —únicas en su género en toda la región. Los muros de las fachadas, que han sufrido muchas transformaciones, presentan fácilmente reconocibles varios lienzos y paramentos que corresponden a la primitiva fábrica románica, acusándose en ellos los aparejos y labras propios de este estilo, lo que se manifiesta en el muro de la fachada Norte —oculto antes del derribo de la vivienda de la Serora— y los dos muros frontales laterales del Presbiterio, orientados al Este. En estos muros se encuentran ocho ventanas saeteras abocinadas —ocultas hasta las obras de restauración—. De estas ventanas seis se hallan en el muro de la fachada Norte y dos en los muros frontales laterales del presbiterio orientadas al Este. Estos muros con sus ocho ventanas abocinadas y la Portada Románica Ojival que se encuentran en la fachada Sur constituyen un extraordinario conjunto de valiosos elementos constructivos del Siglo XII, milagrosamente salvados de su derribo y destrucción, lo que no sucedió en otras Iglesias Románicas Guipuzcoanas, en las cuales los muros y cubiertas

fueron derribados al final del Siglo XVI o principios del XVII, para ampliar la superficie y volumen de sus naves acondicionándolas para su utilización por un número mayor de fieles quedando como único testimonio de las primitivas Iglesias sus bellas portadas románicas, las de Ormaiztegui, Idiazábal, Alzo, Abalquisqueta, Aduana, San Esteban de Tolosa, atestiguan las existencias de antiguas Iglesias en el mismo emplazamiento que las actuales.

Descripción de la Iglesia

Los ejemplares del estilo románico vasco son escasos. Esta Iglesia de la Antigua, se incluye, por sus analogías y características, con las Iglesias vecinas del románico de Alava, de los Siglos XII-XIII; representa el hecho curioso no dado en ninguna otra región española de la atrofia de fustes y capiteles en la portada hasta convertirse en unos austeros remedos de imposta y baquetones, como es lógico hay que admitir que la Iglesia de la Antigua en su construcción es un eslabón en una larga cadena de edificaciones con las que tiene que relacionarse y con las que representa innegables puntos de contacto.

La actual fábrica de la Iglesia de la Antigua presenta muchas alteraciones y variaciones en sus muros de cierre en los que se pueden observar zonas de sillares de distintas dimensiones y labras correspondientes a diversas épocas de su construcción. Es un edificio de planta rectangular de 31 x 20 m. con un ábside trapezoidal. La ausencia de contrafuertes exteriores revela que se trata de una construcción que se techa y cubre con madera. Es de una sola nave dividida en tres partes por seis gruesos pilares cilíndricos de piedra caliza (1). La estructura de la cubierta es de madera. Consta de cinco cerchas. Las tres centrales se apoyan sobre pilares cilíndricos de piedra arenisca. Las dos cerchas extremas sobre los muros frontales de la fábrica, el correspondiente al presbiterio y al hastial cabecero.

El conjunto de cerchas consta de los siguientes elementos:

—Dos pies derechos de madera que se apoyan sobre dos vigas, a su vez apoyadas sobre los dos pilares cilíndricos de piedra.

—Un gran tirante horizontal central apoyado sobre los dos pies derechos, otros dos tirantes laterales, uno en cada extremo situados más bajos que el tirante central, y apoyados en un extremo en el pie derecho de madera y en el otro extremo, en el muro de fachada.

(1) Que recuerdan a los pilares de la Sala del Obispo Gelmírez del palacio arzobispal de Santiago de Compostela.

—El tirante más alto, el central, se apoya en cada extremo sobre una ménsula, la cual está apoyada sobre dos tornapuntas.

—Los tirantes laterales, están a su vez apoyados sobre dos tornapuntas laterales.

—Así mismo, las vigas del suelo de las galerías laterales y centrales se apoyan también sobre tornapuntas en sus extremos.

—Encima del tirante central un grueso pie derecho sujeta la viga del hastial de la cumbreira.

—Existen pies derechos más pequeños, sobre los tirantes laterales, sobre los que se apoyan las vigas inclinadas de la cubierta.

—Todas las secciones de los diversos elementos de la estructura son de madera, de distintas medidas variables según el trabajo que realicen, pero siempre con medidas muy amplias. Los tirantes, jabalcones, zapatas y vigas se hallan bellamente labrados. La cubierta es a dos aguas con techumbre de madera enlatada y teja canal. El coro y tribunas laterales formados por piso de madera sobre viguetillas zapatas, siguen la tradicional disposición adoptada en muchas iglesias típicas de la región, sobre todo en la parte Vasco-Francesa, de San Juan de Luz, Hendaya, Ciboure, Viriatu, Lesaca, Beasain, etc., etc.

Las cabezas de las zapatas, ménsulas, vigas y viguetillas se hallan cuidadosamente labradas con un magnífico dibujo geométrico, viéndose las tallas características tan empleadas en las estelas, arcos, dinteles, y sillares del País, tales como ruedas, cruces gamadas, representativas en su origen céltico del sol y del fuego. Son muy curiosos los relieves en que terminan varias de estas enormes zapatas, ya que aparecen en ellas la figura humana representada por cabezas y bustos de mujer, alguna de ellas tocadas con un «Sapi» lo mismo que usaban las campesinas de días cercanos a los nuestros. En aquella época, es curiosa la predilección que se profesaba por el número *tres*: tres votos, tres ayunos, tres comuniones; daban limosna tres veces a la semana, y que aquí en la Antigua se manifiesta en las admirables labras —ya que hay tres cabezas de mujer—, tres cubiletes o tazones, siendo notable la habilidad con que el artista ha representado y amoldado las figuras de las ménsulas a la función estática de las mismas. En la Iglesia Parroquial de Arana (Alava) existen canecillos labrados también con cabezas femeninas del Siglo XIII muy semejantes a las talladas en la Antigua.

Los elementos de la estructura de la cubierta están armados y dispues-

tos de forma parecida a los del pórtico de la Colegiata de Cenarruza en Vizcaya, ya que están trabajados en la misma forma y con la misma técnica. Son muy curiosos los relieves en que terminan las viguetillas y barandillas del actual coro constituidas por una serie de tablas recortadas según un dibujo geométrico, repetido sucesivamente, interrumpiéndose en los sitios correspondientes a los apoyos que van decorados con ricas tallas geométricas, solución muy semejante a la que se encuentra en la Ermita de San Pedro de Tavira (Durango).

El pasamano de este coro-tribuna presenta dos tipos de molduración, uno un tanto recargado, estando todas las molduras llenas de tallas punta de diamante, cordoncillo, dentículos, rombos, círculos, exágonos, etc., correspondientes a las partes primitivas del coro-tribuna y otras más sencillas que se encuentran en las barandillas de la parte modificada.

Tiene una buena y sencilla portada abocinada de arco-apuntado románico ojival, características del Siglo XII formada por cuatro archivoltas sencillas de baquetones apoyados sobre capiteles muy sobrios, esquimáticos, de sabor cisterciense que se apoyan sobre cuatro pilastras con una ranura rehundida en su centro y cuatro baquetones en sus aristas, apoyándose sobre cuatro bases primáticas. Todo ello muy sencillo y sobrio. Existen —en zona próxima alavesa— varias portadas muy semejantes a esta de la Antigua, en la Iglesia de San Miguel de Lasarte de las postrimerías del Siglo XII, en la de Urrialdó con una portada románica elegante y sobria muy parecida, por no decir idéntica, a la de la Antigua. En la iglesia de Gorain citada en la «Reja» de San Millán hacia los siglos XI y XII o la portada de Igoroin muy semejante a la de la Antigua de estilo románico característico de la región de gran sobriedad de arquerío y desnuda ornamentación adusta con ausencia de todo elemento decorativo.

La nave en su parte cercana al ábside se hallaba cubierta hasta hace siete años —en que se procedió a su derribo— por una cúpula semiesférica central y dos bóvedas por aristas laterales, todas ellas formadas y constituidas por recios tablones de madera devastada, claveteados a nervios leñosos, ocultos, colocados por bajo de las primitivas armaduras de la cubierta. Como esta falsa estructura postiza impedía la contemplación de la verdadera, magníficamente tallada, y restaba unidad y belleza al conjunto del interior de la Iglesia, se procedió a su derribo, recuperándose la visión de la primitiva estructura y la armonía del conjunto total de esta nave de gran belleza y originalidad.

En el examen de los elementos de las armaduras que tanto tiempo han

permanecido ocultos por las derribadas bóvedas se han encontrado siete magníficas tallas de zapatas y vigas, una de ellas, una bella cabeza de mujer, que corrobora la idea de que todas las armaduras de las cubiertas corresponden a una misma época y fue construida y tallada por los mismos artistas.

Adosada a la pared, orientada al Norte, existía una construcción de p. baja y un piso destinado a casa de serora. En la planta baja se hallaba una pequeña sacristía. Todo ello, casa de serora y sacristía, ha sido derribado ahora; en el derribo se han recuperado los sillares esquinales de fachadas que han vuelto a colocarse en su primitivo emplazamiento del cual provenían, que eran las aristas de esquinales de los muros de las fachadas N-E y N-O de la primitiva fábrica de la Antigua. Después del derribo de la casa de la serora se ha hallado el muro completo de la primitiva Iglesia de esta fachada Norte, muro románico de suma importancia ARQUEOLOGICA, y en el que se han recuperado CINCO VENTANALES ABOCINADOS de SAETERA, que juntamente con un SEXTO que se ha restaurado en la parte correspondiente a la entrada de la antigua sacristía, constituye un importante lienzo románico del Siglo XII —único en esta región—; también al suprimirse los altares laterales del presbiterio, se han hallado otros dos ventanales ABOCINADOS de SAETERA de dimensiones más reducidas que los de la pared N.

Esos dos lienzos de los muros del presbiterio, en los que se observan perfectamente el aparejo y labra románica, son los auténticos y se encuentran magníficamente conservados, no existiendo en ello ninguna modificación ni cambio en el aparejo ni sillares.

En la parte exterior del ábside, de forma de trapecio, de época posterior a las paredes frontales del presbiterio, se encuentran empotrados en su fachada dos elementos arquitectónicos de gran interés y curiosidad.

a) Un crucero gótico tallado en piedra arenisca en el tímpano de una pequeña portada.

b) Una ventana gótica, actualmente recuperada después de las obras, con una reja de hierro forjado centrada en el tímpano de una composición muy parecida a la que rodea el crucero.

Esas dos composiciones arquitectónicas tienen elementos comunes, arcadas lobuladas, capiteles, columnas bases igualmente tratadas con molduras de perfiles y detalles idénticos. Existe, situada entre ambas, una orla de piedra con la siguiente inscripción ejecutada en letras góticas: MCCCCLXXX.

Dicha ventana gótica tiene gran analogía con otra muy rica en decora-

ción que se halla en la iglesia de LASARTE, próxima a Vitoria, y que también se halla fechada en el 1.511.

Examinado el estado en que se encontraba la Iglesia con gran parte de la estructura de la cubierta oculta, como asimismo varios ventanales, los muros interiores torpemente planeados y rejuntados, eran necesarias llevar a cabo diversas obras de restauración que sin cambiar la primitiva función, disposición y características de los elementos integrantes de las distintas estructuras de la fábrica de la Iglesia, corrigieran las deficiencias y defectos que se observaban, debidos muchos de ellos al paso e incuria del tiempo y a modificaciones, transformaciones y añadidos que atentaban contra la unidad e integridad del conjunto y detalles de la Iglesia primitiva.

Las obras que se han realizado son las siguientes:

Obras en el interior

1. Supresión de las bóvedas y cúpula semiesférica de madera emplazadas en la zona inicial de la nave próxima al ábside que ha permitido contemplar en toda su integridad la antigua estructura de la cubierta con sus magníficas tallas y labras.
2. Supresión de la bóveda de yeso que se hallaba en el ábside.
3. Repaso, sustitución y reposición de los elementos deteriorados o que faltaban en la estructura de madera de la cubierta, enlatados, vigas, viguetas, pendolones, pies derechos, canecillos, galletas, ménsulas, zapatas, tirantes, siguiendo las dimensiones y secciones de las que subsisten, pero sin realizar ni tallas, ni molduras nuevas, colocando tan solo los volúmenes de los solibos semejantes a los existentes del mismo orden de los que se colocan o corrigen, repaso y restauración de los elementos de la cubierta del ábside.
4. Repaso, sustitución y reparación de los tablones del entarimado del suelo de los coros y galerías laterales y de los elementos integrantes de la barandilla y balustrada de los mismos.
5. Repaso y arreglo de la escalera de subida al coro colocando nuevos balustres y utilizando el vano inferior de la rampa para situar en él la nueva sacristía, de superficie mínima y anexo a la misma un confesionario, colocando de entrada a la sacristía la antigua puerta de hierro de entrada a la suprimida sacristía.

6. Repicado, labrado y rejuntado de todos los paños de muros interiores de las galerías y partes incluidas las que estaban ocultas por las bóvedas y cúpula de madera. Id. de las columnas cilíndricas.

7. Apertura de los ventanales tapiados y cegados de los muros laterales frontales y ábside, colocando en los abocinados paneles de alabastro.

Estos huecos son:

6 Ventanales abocinados en el muro N.

2 Ventanales abocinados en los muros del Presbiterio.

1 Ventanal en la fachada O.

3 Ventanales en el piso de la galería orientada al N.

1 Ventanal gótico, muy importante, en el ábside.

8. Emplazamiento del nuevo presbiterio, con sus diferentes alturas y escalones de acceso.

9. Restauración de losas de piedra en los pasos de la nave. Id. de las losetas del suelo.

10. Pintura con material especial de todos los elementos de madera de la estructura de la cubierta, techos, armaduras, tirantes, pies derechos, coros y galerías laterales del piso y coro. Esta pintura evitará las enfermedades, humedades y desintegración de la madera.

11. Supresión del altar mayor del Presbiterio y de dos laterales, del SANTO CRISTO y de SAN FELIPE NERI.

12. Colocación en el ábside sobre un tronco de madera de roble —que le sirve de base— de la Virgen de La Antigua, bella imagen gótica de magnífica traza y factura, patinada con suaves colores, obra de la segunda mitad del Siglo XV, según la autorizada opinión del Padre LIZARRALDE.

Colocación del CRISTO CRUCIFICADO, bella estatua gótica, en la pared izquierda del Presbiterio.

Colocación de una escultura de la PIEDAD, notable pieza renacentista que se caracteriza por la ingenuidad con que está tratada, destacando el tamaño a escala infantil, comparada con la de la Virgen, de la imagen de Jesús.

También, y muy próxima a esta escultura, se ha colocado otra renacentista de SANTA ANA.

13. Traslado de la antigua PILA BAUTISMAL, en la que fue bautizado el ilustre hijo de ZUMARRAGA, LEGAZPI, a la iniciación, bajo el coro, del paso central de la nave.

14. Emplazamiento de un sistema de iluminación a base de numerosos reflectores que ilumine las bellísimas tallas de las estructuras, y renovación completa de la actual instalación que constituye un peligro por su mal estado de conservación.

Obras en el exterior

1. Derribo de la antigua casa de la Serora y sacristía.

2. Restauración completa de la fachada norte, oculta antes por la construcción derribada.

3. Construcción de los esquinales de esta fachada colocando, en su primitivo lugar, los recuperados sillares que se hallaban en casa de la Serora y que fueron llevados allí desde las esquinas de la Iglesia.

4. Corrección de la falta de verticalidad y cimentación de la fachada Oeste.

5. Nueva espadaña.

6. Construcción de los nuevos aleros de las cuatro fachadas en toda su longitud.

Nuevo enlatado de la cubierta y nuevo retejo de la misma, colocando parte de las tejas antiguas.

7. Canalones y recogida de aguas.

8. Construcción de una acera de cantos rodados en todo el perímetro exterior del edificio y escalera de entrada a la Iglesia.

9. Construcción de un amplio círculo solado con losas y cantos rodados frente a la fachada Sur donde se pueden realizar los típicos bailes en las festividades religiosas.

Todas estas obras que se mencionan han sido realizadas con sumo esmero y cuidado, destacando el gran interés, entusiasmo y dedicación de la casa constructora, técnicos, obreros y junta parroquial que en ellos han intervenido, y que en la restauración llevada a cabo se ha tenido siempre en cuenta la suma importancia artística y arquitectónica de la Iglesia de la Antigua, en cuyas fábricas y estructuras se encuentran magníficos y auténticos elementos y detalles pertenecientes al primitivo edificio del Siglo XII.

MANUEL URCOLA

Las iglesias de la ciudad de Navarra en Navarra (Provincia de Navarra). Ed. de la Diputación Provincial de Navarra, 1977. Pamplona.

Este volumen es el número 25 de la obra Navarra, los monumentos de arte de Navarra de la Diputación Provincial, una larga y detallada descripción de un patrimonio artístico navarro del pasado, del año 1977, que se guarda en el Archivo Provincial.

En su contenido el autor ofrece una investigación y descripción del patrimonio artístico navarro de la provincia de Navarra, que incluye desde el arte prerrománico hasta el arte moderno, pasando por el arte románico, gótico, renacentista, barroco y neoclásico. El autor ofrece una descripción detallada de los monumentos de arte navarro, desde el arte prerrománico hasta el arte moderno, pasando por el arte románico, gótico, renacentista, barroco y neoclásico.

Este libro es parte de una obra más amplia, la Navarra, los monumentos de arte de Navarra, que se publica en diez tomos, uno para cada provincia de Navarra, a lo largo de los siglos XVI y XVII.

Este es un trabajo del Estado Provincial, que tiene como finalidad principal la de proporcionar información sobre el patrimonio artístico de Navarra, para que pueda ser conocido y valorado por todos los navarros. El autor ofrece una descripción detallada de los monumentos de arte navarro, desde el arte prerrománico hasta el arte moderno, pasando por el arte románico, gótico, renacentista, barroco y neoclásico.

Este volumen es el número 25 de la obra Navarra, los monumentos de arte de Navarra de la Diputación Provincial, una larga y detallada descripción de un patrimonio artístico navarro del pasado, del año 1977, que se guarda en el Archivo Provincial.

Este es un trabajo del Estado Provincial, que tiene como finalidad principal la de proporcionar información sobre el patrimonio artístico de Navarra, para que pueda ser conocido y valorado por todos los navarros. El autor ofrece una descripción detallada de los monumentos de arte navarro, desde el arte prerrománico hasta el arte moderno, pasando por el arte románico, gótico, renacentista, barroco y neoclásico.

Este es un trabajo del Estado Provincial, que tiene como finalidad principal la de proporcionar información sobre el patrimonio artístico de Navarra, para que pueda ser conocido y valorado por todos los navarros. El autor ofrece una descripción detallada de los monumentos de arte navarro, desde el arte prerrománico hasta el arte moderno, pasando por el arte románico, gótico, renacentista, barroco y neoclásico.